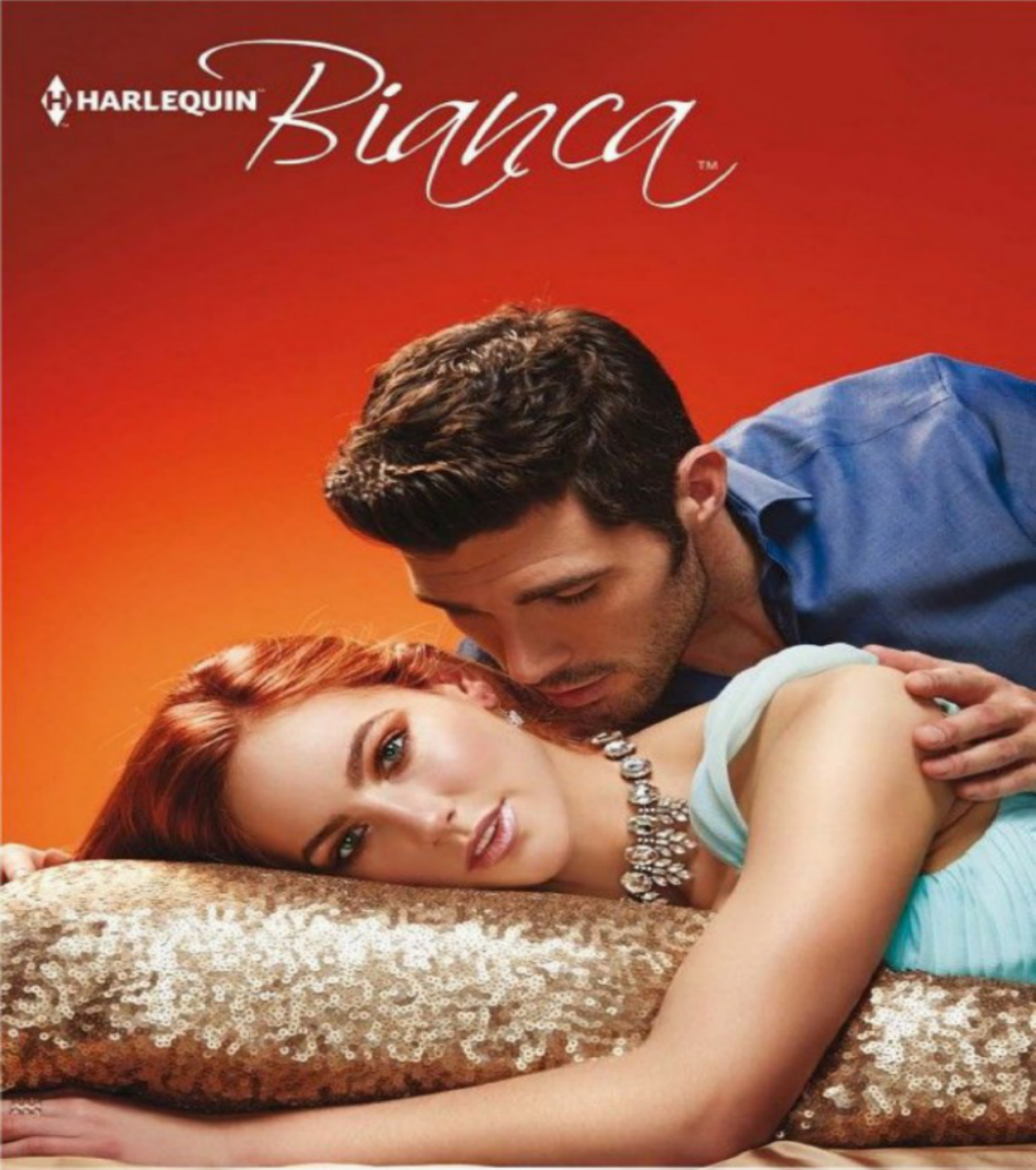

HARLEQUIN
Bianca
DULCE VENGANZA GRIEGA
ANDIE BROCK

DULCE VENGANZA GRIEGA

Andie Brock

Venganza… ¡por seducción! La última persona a la que Calista esperaba ver en el funeral de su padre era al arrogante multimillonario Lukas Kalanos. Cinco años antes, después de haber perdido su inocencia con él, Lukas había traicionado a su familia y había desaparecido, dejando a Callie con algo más que el corazón roto. Lukas quería vengarse de la familia Gianopoulous por haber hecho que lo metiesen en la cárcel, y para ello había decidido seducir a Callie. Esta pagaría por los graves perjuicios del pasado, y pagaría… ¡entre sus sábanas! Pero el descubrimiento de que Callie tenía una hija, una hija que también era suya, fue una sorpresa que iba a cambiar sus planes de venganza. ¡Calista tenía que ser suya!.

Capítulo 1

NO QUEREMOS problemas, Kalanos.

Lukas apartó la mano que el otro hombre había apoyado en la manga de su traje oscuro y lo miró con frialdad.

–¿Problemas? –repitió, clavando la vista en el rostro sudoroso de Yiannis, que intentaba sin éxito plantarle cara–. ¿Y qué te hace pensar que he venido a causaros problemas?

–Mira, Kalanos –le respondió el otro hombre, dando un paso atrás–, lo único que quiero decir es que es el entierro de mi padre. Solo te pido respeto.

–Ah, sí, respeto –susurró él–. Me alegro de que me lo recuerdes. Supongo que ese es el motivo por el que hay tantas personas presentes. Tantas personas deseosas de presentarle sus respetos a un gran hombre.

–No es más que un entierro íntimo, familiar –insistió Yiannis, evitando su mirada–. Y tu presencia no es bienvenida, Lukas.

–¿No? –inquirió él–. Pues qué pena.

En realidad, Lukas tampoco quería estar allí. No había deseado que aquel hombre muriese tan pronto, había querido vengarse del hombre por el que había fallecido su padre y que había hecho que él fuese a la cárcel por un delito que no había cometido.

Cuatro años y medio. Ese era el tiempo que Lukas había pasado en una de las cárceles más duras de Atenas, rodeado de lo peor de la sociedad. Había tenido mucho tiempo para pensar en la traición que lo había llevado allí y que, todavía peor, había terminado con la vida de su padre. Cuatro años y medio que lo habían convertido en un hombre duro y frío, lleno de odio.

Cuatro años y medio durante los cuales había planeado la venganza.

Y todo, para nada.

Porque el objeto de su odio, Aristotle Gianopoulous, había muerto el mismo día que él había salido de la cárcel.

Lukas observó cómo bajaban el ataúd a la tierra mientras el pope despedía el cuerpo y después pasó la vista por las personas presentes solo para hacer que se sintiesen incómodas.

A su lado, Yiannis Gianopoulous se movió nervioso. Era hijo

del segundo matrimonio de Aristotle y Lukas no tenía ningún interés en él. También estaba allí su hermano, Christos, que lo miraba con el ceño fruncido desde el otro lado de la tumba. Un par de socios de Aristotle, su abogado, y una de sus amigas. A un lado, algo apartados, Petros y Dorcas, dos fieles empleados de Aristotle, que habían trabajado siempre para él.

Un grupo extraño de individuos rotos, desechos de la vida de Gianopoulous, reunidos bajo el justiciero sol de mediodía de aquella bella isla griega, para enterrar al hombre que, sin duda, les había arruinado la vida a todos, de un modo u otro. A Lukas no le importaba ninguno.

Bueno, sí.

Por fin posó la mirada en ella, en la joven con la cabeza ligeramente agachada, con un lirio blanco en la mano. Calista Gianopoulous. Callie. Hija de Aristotle y su tercera esposa, la más pequeña, la única hija. Lo único bueno que había hecho en su vida. O eso había pensado Lukas, hasta que ella lo había traicionado también.

Lukas saboreó su desazón. La había reconocido inmediatamente, nada más llegar.

El gesto de Calista al verlo había sido de pánico, sus ojos verdes lo habían mirado con temor.

En esos momentos los tenía clavados en el suelo e intentaba esconderse en el velo de encaje negro que también cubría su maravilloso pelo rojizo, como si así pudiese desaparecer. Pero eso era imposible.

«Mírame, Calista».

Deseó que lo mirase a los ojos. Quería ver culpabilidad en ellos, y vergüenza.

Aunque había una parte de él, muy pequeña, que todavía tenía la esperanza de haberse equivocado.

No obstante, la mirada de Calista estaba clavada en la tumba, como si quisiera meterse en ella también, pero no iba a escapar. Tal vez Aristotle hubiese fallecido antes de que Lukas hubiera podido vengarse de él, pero Calista estaba allí. La venganza sería muy distinta, pero igual de placentera.

Lukas la estudió con la mirada. Había creído conocerla bien, pero se había equivocado. Se habían hecho amigos con los años, o eso había pensado él, cuando pasaban los veranos en la isla de Thalassa, mientras sus padres, juntos, conseguían su primer millón con G&K Shipping, símbolo de su éxito y de su amistad.

Lukas, que tenía ocho años más que Calista, pensó en la niña

cuyos padres se habían divorciado poco después de que ella dejase de usar pañales. Su madre, una neurótica, se había llevado a la niña a vivir a Inglaterra, pero la había enviado los veranos a Thalassa. Y la pequeña Calista se había dedicado a ir detrás de sus hermanastros por la enorme finca de los Gianopoulous.

Y también lo había buscado a él. Había ido a la parte de la isla que pertenecía a su familia, se había colado en su barco cuando salían a pescar, o se había encaramado a las rocas para verlo zambullirse en las cristalinas aguas del mar.

Más tarde se había convertido en una torpe adolescente. Ya sin madre, la habían mandado a un internado, pero había seguido pasando los veranos en Thalassa. Por aquel entonces, ya no había mostrado ningún interés en sus hermanastros, ni en Lukas.

Y, con dieciocho años, Callie, en esos momentos Calista, se había transformado en una joven muy bella, que lo había tentado para que se la llevase a la cama. Salvo que no habían llegado a la cama y lo habían hecho en el sofá del salón.

Lukas había sabido que aquello estaba mal, por supuesto, pero no había podido resistirse. El hecho de que Callie coquetease con él lo había sorprendido, se había sentido halagado de que quisiese entregarle su virginidad. Calista lo había embaucado.

Y se lo iba a hacer pagar.

Calista sintió que el suelo se movía bajo sus pies y la imagen del ataúd en el que estaba su padre se volvió borrosa.

«No, por favor, no».

Lukas, no. Allí, en ese momento, no. Pero no le cabía la menor duda de que estaba allí. Sus hombros parecían más anchos de lo que ella recordaba, su torso más fuerte, más imponente. Estaba de brazos cruzados, con los pies plantados con firmeza en el suelo, indicando claramente que no iba a marcharse a ninguna parte.

No era posible que aquello estuviese ocurriendo.

Lukas Kalanos estaba en la cárcel, todo el mundo lo sabía. Lo habían condenado por su papel en el negocio de contrabando de su padre, Stavros, que también había sido socio de su propio padre.

Calista sintió náuseas solo de pensar en lo ocurrido, en que el negocio de transporte marítimo de su padre se hubiese hundido por culpa de aquello, en cómo su familia se había arruinado. Con solo veintitrés años, había vivido en la opulencia y también había pasado por muchas dificultades. Y en esos momentos tenía claro

qué era lo que prefería.

Aquel era el motivo por el que, cinco años antes, se había marchado y había decidido apartarse del negocio familiar, de los tejemanejes de sus hermanos. De los ataques de ira de su padre, de sus depresiones bañadas en alcohol.

Pensó en su hija y se puso a temblar. Se dijo que Effie estaba bien, sana y salva en casa, en Londres, probablemente jugando con la pobre Magda, amiga de Calista y compañera de sus estudios de enfermería, que iba a cuidar de la pequeña hasta que ella regresase. Solo iba a quedarse allí el tiempo estrictamente necesario, como mucho un par de días, para firmar los documentos que tuviese que firmar. Después, se marcharía de aquella isla para siempre.

Pero, de repente, le corría más prisa alejarse de Lukas Kalanos que de la isla.

La ceremonia casi había terminado. El pope los estaba invitando a unirse a él en una última oración antes de que cubriesen el ataúd de tierra. Calista se estremeció.

–¿No tendrás frío? –le preguntó él, agarrándola del codo–. ¿O ha sido una conmovedora muestra de dolor?

Hablaba inglés perfectamente, aunque Calista también lo habría entendido en griego. Lukas la hizo girarse hacia él y añadió:

–Si es así, estoy seguro de que no es necesario que te diga que no tiene ningún fundamento.

–Lukas, por favor… –respondió ella, preparándose para mirarlo a los ojos y notando que se le doblaban las rodillas.

Los rizos oscuros habían desaparecido, llevaba el pelo muy corto, lo que endurecía sus bonitas facciones y acentuaba la curva de su dura mandíbula y los ángulos de sus mejillas, pero su mirada seguía siendo la misma: marrón oscura, casi negra, y sobrecogedoramente intensa.

–He venido a enterrar a mi padre, no a escuchar tus insultos.

–Oh, créeme, *agapi mou*, con respecto a los insultos, no sabría por dónde empezar. Tardaría toda una vida, o más, en expresar la repugnancia que me causaba ese hombre.

Calista tragó saliva. Su padre había tenido defectos, sin duda. Había tratado muy mal a su madre y le había sido infiel muchas veces, lo que había ido haciendo mella en ella, que al final había terminado con una sobredosis. Y ella jamás se lo perdonaría.

Pero, no obstante, había sido su padre y por eso había ido a Thalassa por última vez. A despedirlo. Y, tal vez, a enterrar

también los demonios del pasado.

Lo que no había sabido era que el mayor de aquellos demonios estaría también allí, agarrándola por la cintura en esos momentos.

–Te agradecería que no hablases de mi padre en esos términos.

Se apartó de Lukas y añadió:

–Es una falta de respeto, es insultante. Y, además, no creo que estés en una buena posición para juzgar a nadie.

–¿Yo, Calista? –le preguntó Lukas, arqueando las cejas–. ¿Y por qué no?

–Lo sabes muy bien.

–Ah, sí. El terrible crimen que cometí. De eso precisamente querría hablar contigo.

–No tenemos nada de qué hablar.

Si Lukas descubría que tenía una hija, solo Dios sabía cómo podría reaccionar. Y a Calista le aterraba la idea.

En realidad, ella nunca había pretendido mantener la existencia de Effie en secreto. Al menos, al principio. En realidad, no se había enterado de que estaba embarazada hasta el quinto mes. No había pensado que fuese posible quedarse embarazada la primera vez.

Había pensado que las náuseas y el cansancio, la falta de menstruación, se debían al estrés. Al estrés causado por la repentina muerte de Stavros, amigo y socio de su padre, por el escándalo que había hecho que se hundiese la empresa de ambos. Y, finalmente, por el repugnante descubrimiento de que Lukas estaba implicado en ello.

Para cuando había querido ir al médico, Lukas ya estaba esperando el juicio. Y el mismo día que ella se había puesto de parto, un mes antes de lo previsto, sola y asustada, a él lo habían declarado culpable y lo habían sentenciado a ocho años de cárcel.

Aquel mismo día, Calista había decidido que esperaría a que Lukas estuviese en libertad para contarle que tenía una hija. Ocho años le habían parecido una eternidad. Tiempo suficiente para que Effie y ella se construyesen una vida en el Reino Unido, se convirtiesen en un equipo fuerte y unido. Así que había mantenido el secreto.

No se lo había contado a nadie, ni a su propio padre, por miedo a que él se lo contase a toda la familia y la noticia llegase a oídos de Lukas. Aunque, en realidad, el motivo por el que no había querido que su padre lo supiese era otro. No había querido que Effie tuviese ninguna relación con él.

Sabía que su padre habría intentado tomar el control de la

situación, de ella y de su nieta. Habría intentado manipularlas, doblegarlas, utilizarlas. Para evitarlo, la única solución había sido ocultarle la existencia de Effie.

Aristotle ya no sabría jamás que había tenido una nieta, pero Lukas… Tenía derecho a saber que era padre.

Pero todavía no era el momento. Ella necesitaba prepararse, y preparar a Effie.

–Calista, la gente se está marchando –dijo Yiannis, intentando llamar su atención sin acercarse demasiado–. Y quieren despedirse antes.

–¿Tan pronto? –preguntó Lukas en tono burlón–. ¿Nadie se va a quedar a brindar por la vida del gran hombre?

–Los barcos están esperando para llevarse a todo el mundo de la isla –continuó Yiannis, secándose el sudor de la frente–. Y tú deberías subirte a uno de ellos, si sabes lo que te conviene.

Lukas dejó escapar una carcajada.

–Qué gracioso, lo mismo estaba pensando yo de ti.

–Trajiste la ruina y la desgracia a nuestra familia, Kalanos, pero mi padre consiguió proteger sus propiedades en Thalassa. Media isla sigue siendo tuya, pero no por mucho tiempo.

–¿No?

–No. Vamos a pedir que nos la entregues como compensación por haber arruinado a nuestra familia. Nuestros abogados confían en que vamos a ganar el caso.

–¿Vamos? ¿Quiénes?

–Mi hermano y yo. Y, por supuesto, Calista.

Al oír aquello, Lukas bajó la mano de su cintura y se giró a mirarla como si le causase repugnancia. Ella no sabía de qué estaba hablando Yiannis. No había dado su aprobación para nada. No quería saber nada de Thalassa, ni de nada que pudiese heredar de Aristotle tras su muerte. Y no tenía intención de denunciar a Lukas para conseguir su parte.

–Pues buena suerte –dijo él con el ceño fruncido, dándose la vuelta.

Pero entonces volvió a girarse y miró a Yiannis fijamente.

–O no. Porque quiero que sepáis, los dos, que la isla de Thalassa me pertenece. Entera.

–¿Nos tomas por tontos, Kalanos? –preguntó Christos, que se había acercado a ellos.

Lukas se limitó a apretar los labios.

–Es evidente que estás mintiendo.

–Me temo que no –respondió por fin–. Lo que me sorprende es

que vuestros abogados no os lo hayan comunicado. Hace tiempo que adquirí la parte que vuestro padre tenía de la isla.

El gesto de Christos se descompuso, pero fue Yiannis quien habló.

–Eso no puede ser cierto. Aristotle jamás te la habría vendido a ti.

–No hizo falta. Cuando tanto él como mi padre compraron la isla, la pusieron a nombre de sus esposas. Un gesto enternecedor, ¿no? ¿O estoy siendo ingenuo? Tal vez lo hicieron solo para evitar impuestos. En cualquier caso, a mí me vino muy bien. Como es evidente, heredé mi mitad a la muerte de mi madre, que en paz descanse. Y para conseguir la mitad de Aristotle solo tuve que encontrar a su primera esposa y hacerle una oferta que no pudiese rechazar. No sabéis lo agradecida que se sintió, sobre todo, porque ni siquiera sabía que fuese la propietaria.

–Pero si has estado en la cárcel…

–Os sorprendería lo fácil que es hacer contactos ahí dentro. En estos momentos conozco a las personas adecuadas para hacer cualquier trabajo. Sea cual sea.

Yiannis palideció visiblemente. Desesperado, se giró hacia Calista, que se limitó a encogerse de hombros. Le daba igual de quién fuese la isla. Solo quería marcharse de allí lo antes posible.

Mientras tanto, Christos, que siempre había sido impulsivo, había levantado los puños.

–No te tengo miedo, Kalanos –dijo–. Y te lo demostraré si quieres.

–¿No habíais dicho que teníamos que tomar un barco? –replicó Lukas con indiferencia.

Christos dio un paso hacia él, pero Yiannis lo sujetó del brazo.

–¡Esto no va a quedar así, Kalanos! –lo amenazó Christos a gritos mientras su hermano tiraba de él–. Vas a pagar por esto.

Calista observó sorprendida cómo sus hermanastros desaparecían. Había pensado que sus hermanos iban a quedarse un par de noches en la isla a revisar los papeles de su padre y resolver sus asuntos pendientes, pero era evidente que eso no iba a ocurrir. Tampoco les había importado dejarla a solas con Lukas.

Se dio cuenta entonces de que seguía teniendo el lirio blanco en la mano y, acercándose a la tumba, lo dejó caer mientras se despedía en silencio de su padre. Se le hizo un nudo en la garganta. No solo se despedía de su padre, sino también de Thalassa, de su niñez, de su ascendencia griega. Aquel era el final de una era.

Se giró para marcharse inmediatamente y chocó contra el fuerte pecho de Lukas. Se agarró al bolso que llevaba colgado del hombro y dijo:

–Si me perdonas, tengo que marcharme.

–¿Marcharte? ¿Adónde exactamente?

–Marcharme de la isla con los demás. No tiene sentido que me quede aquí más tiempo.

–Por supuesto que sí, *agape*, no te vas a ir a ninguna parte –la contradijo Lukas, agarrándola por la muñeca y llevándosela al pecho.

Calista sintió pánico, pero, extrañamente, no fue una sensación completamente desagradable.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que he dicho. Que tú y yo tenemos cosas de las que hablar. Y que no te vas a marchar de Thalassa hasta que no lo hayamos hecho.

–¿Me vas a retener por la fuerza?

–Si es necesario, sí.

–No seas ridículo.

Intentó mostrarse fuerte y dura. Clavó la vista en la muñeca que Lukas le estaba agarrando y no la apartó hasta que él no la hubo soltado.

–¿Y de qué tenemos que hablar? Que yo sepa, no tenemos ningún tema pendiente –mintió.

–No me digas que se te ha olvidado, Calista. Porque yo todavía me acuerdo –le contestó él con la mirada brillante–. Digamos que la imagen de tu cuerpo medio desnudo en mi sofá, de tus piernas alrededor de mi cintura, me ha acompañado todos estos años. Tal vez demasiado. Supongo que es lo que ocurre cuando estás en la cárcel. Uno se tiene que conformar con lo que tiene.

Callie se ruborizó y dio gracias de llevar puesto el velo negro que ocultaba parcialmente su rostro. Al menos hasta que Lukas lo retiró suavemente. Por un instante, Calista pensó que iba a besarla como si fuese una novia.

–Así está mucho mejor.

La miró mientras ella contenía la respiración.

–Se me había olvidado lo bella que eres, Calista.

Ella respiró por fin con un gemido. Lo último que había esperado era un cumplido.

–No sabes cuánto deseo que retomemos nuestra relación. Llevo esperándolo casi cinco años.

Ella se puso tensa.

–Si piensas que voy a volver a acostarme contigo, Lukas, estás muy equivocado.

–No hace falta que nos metamos en una cama, podemos hacerlo en el sofá, contra la pared, o aquí mismo, frente a la tumba de tu padre. Me da igual. Te deseo, Calista. Y te advierto que siempre consigo lo que quiero.

Capítulo 2

LUKAS vio temor en el rostro de Calista.

Pensó que todavía era más bella de lo que recordaba. Sus facciones habían cambiado ligeramente con el tiempo, pero todavía tenía la nariz respingona salpicada de pecas y la boca… la boca era tal y como la recordaba, generosa y deliciosamente rosa, incluso en esos momentos, en los que intentaba desafiarlo con una mueca.

No comprendía cómo era posible que Aristotle hubiese engendrado una criatura tan exquisita. Era evidente que Calista se parecía a su madre, Diana, que había sido actriz y modelo. Aunque no hubiese heredado la altura de su madre y tuviese muchas más curvas que ella. Lukas deseó aferrarse a sus caderas. Alargó la mano y tomó la suya.

–Ven.

Y tiró de ella para sacarla de allí, consciente de que se estaba comportando como un cavernícola.

–Lukas, para.

Él se sintió todavía más decidido a llevarla con él, a su casa y a su cama. Había esperado demasiado tiempo aquel momento.

–Lukas, ¡suéltame!

«De eso nada». Las protestas de Calista solo sirvieron para aumentar su determinación de llevársela a casa, a la cama. Había esperado demasiado tiempo aquel momento y no iba a permitir que nada se interpusiese en su camino.

–Lukas, ¡para, déjame!

Habían llegado a la pequeña arboleda que había detrás de la vieja capilla, donde había dejado aparcada la moto. Colocó a Calista entre esta y su cuerpo y entonces le soltó la mano.

Ella lo fulminó con la mirada.

–¿Se puede saber a qué estás jugando?

–No estoy jugando, Calista. No es un juego.

–Entonces, ¿qué es? ¿Qué intentas demostrar? ¿Por qué te estás comportando de un modo tan horrible, como un matón?

–Tal vez me haya convertido en eso –respondió él–. Quizás sea lo que le ocurre a un hombre después de cuatro años y medio en la

cárcel.
Calista apretó los labios.
–No entiendo por qué has salido ya. Te sentenciaron a ocho años.
–Por buen comportamiento –admitió Lukas en tono frío–. Ya ves, he sido un buen chico. Espero que no te moleste que me hayan soltado antes de tiempo.
–No. De hecho, me da exactamente igual dónde estés… o lo que hagas.
–Bien. En ese caso, sube a la moto. Vamos a Villa Helene.
–Yo no voy a ir a ninguna parte contigo.
–Vaya, y yo que tenía la esperanza de no tener que hacer esto por las malas.
La agarró por la cintura y la levantó en volandas para sentarla en la moto. Se le subió la falda, dejando al descubierto sus muslos, y su pecho subió y bajó con fuerza a causa de la indignación.
Lukas intentó contener el deseo.
–Si no me bajas de aquí ahora mismo, voy a gritar.
–Hazlo si quieres. Eso no cambiará nada. Tus queridos hermanos y el resto de almas en pena están ya en el barco. Nadie te oirá.
Calista lo fulminó con la mirada, pero no se movió. Su orgullo le impidió darle esa satisfacción. Y eso aumentó la admiración que Lukas sentía por ella. Allí sentada, Calista parecía una diosa, con la espalda recta y el pelo cayéndole sobre los hombros. El velo negro, por su parte, había ido a parar al suelo.
–Petros… y Dorcas todavía están en la isla. Siguen viviendo en Villa Melina.
Lukas respondió con la mirada.
–Mira… –añadió ella, cambiando de táctica–. No entiendo por qué haces esto.
–Te encantaba montar en moto, Callie. ¿Ya no te acuerdas? –comentó él–. Siempre me perseguías para que te diese una vuelta.
–Me parece que ambos hemos crecido desde entonces –replicó ella–. O, al menos, yo lo he hecho.
–En eso no te voy a contradecir –dijo Lukas riéndose–. Creo recordar que la última vez que nos vimos realizamos juntos una actividad de adultos.
Ella volvió a ruborizarse, como si el recuerdo de aquello le diese vergüenza.
–Pero es algo que no se va a repetir –le advirtió–. Te lo aseguro. Por mucho que me amenaces.

–No es una amenaza, Calista, sino más bien una promesa.

–Eres un arrogante, Lukas. Mi promesa es esta: lo que ocurrió entre ambos no se volverá a repetir.

–¿Estás segura?

–Sí.

–En ese caso, no te pasará nada por venir a casa conmigo un par de horas, ¿no? Salvo que no confíes en ti misma.

–En quien no confío es en ti, Lukas.

–Ah, claro, se me había vuelto a olvidar que aquí el malo de la película soy yo.

–¡Por supuesto que sí! –exclamó ella.

Y él tuvo que admitir que sus dotes de actriz habían mejorado con los años.

–En ese caso, permite que te tranquilice. No ocurrirá nada que tú no quieras que ocurra.

No estaba seguro de poder controlarse, pero tuvo que admitir que su plan inicial había sido embaucarla y hacer que se enamorase de él, como había hecho Calista tiempo atrás.

La miró y supo que caería rendida a sus pies.

Pasó una pierna por encima del asiento de la moto, la arrancó y notó cómo vibraba bajo su cuerpo.

–Si fuese tú, me agarraría –le dijo a Calista por encima del hombro.

Y, dicho aquello, salió hacia la carretera.

Calista tuvo que agarrar a Lukas por la cintura mientras se alejaban a toda velocidad del cementerio y tomaban la carretera que bordeaba la costa.

Supo que Lukas estaba conduciendo deprisa a propósito, para asustarla, para hacerla gritar, pero ya no era una niña de nueve años y no iba a darle la satisfacción de comportarse como tal. De hecho, en cuanto llegasen a la casa iba a dejarle claro que no iba a permitir que la amedrentase.

Clavó la vista en el brillante mar y supo que, de todos modos, no era miedo lo que sentía, sino emoción. Se sentía viva y le encantaba estar de vuelta en Thalassa. Se dio cuenta en ese momento de lo mucho que lo había echado de menos.

Cambió ligeramente de postura y notó cómo el cuerpo de Lukas respondía. Sintió el calor de su espalda en el pecho, los músculos de su abdomen contrayéndose. Y le gustó. La isla no era lo único que había echado de menos. Debía tener mucho cuidado.

La serpenteante carretera se alejó de Villa Melina, la casa de su familia, y continuó hacia el este, en dirección a Villa Helene, la casa de Lukas y su padre, el fallecido Stavros.

Era una carretera que conocía bien porque la había recorrido de niña muchas veces en bicicleta, para ir a ver a Lukas y a su padre, que siempre había sido muy amable con ella, mucho más agradable que su propio padre y sus aburridos hermanastros, con los que no había tenido absolutamente nada en común. Hasta entonces, no había prestado atención a los nombres de las casas. Melina era el nombre de la primera esposa de Aristotle y Helene, el de la madre de Lukas. Ella no había conocido a ninguna de las dos.

Tampoco había sabido que la isla les pertenecía. Esa información solo la había tenido Lukas, quien, evidentemente, la había utilizado para quedarse con la isla entera y vengarse así de los Gianopoulous. No tenía ni idea de lo que le había ocurrido al Lukas que ella había conocido…

Lukas salió de la carretera y tomó el camino de tierra que llevaba a Villa Helene para detenerse poco después delante de la puerta.

Desmontó y le tendió la mano a Calista, pero no lo hizo de modo caballeroso, sino más bien brusco. Después la empujó hacia la entrada, sacó una llave y abrió la puerta. Y a Calista le sorprendió el gesto, porque en la isla nadie se molestaba en cerrar las puertas con llave.

El interior de la casa seguía siendo tal y como ella recordaba. Incluso el olor le resultó familiar, cosa que la reconfortó y la inquietó a partes iguales. Siguió a Lukas hasta el gran salón, que estaba a oscuras, en silencio. Lukas se acercó a abrir las persianas, dejando entrar la luz del sol.

Calista parpadeó. Ante ellos aparecieron las increíbles vistas del mar Egeo, pero ella solo podía pensar en el sofá. El sofá en el que Effie había sido engendrada.

–¿Quieres beber algo? –preguntó Lukas, tomando un par de copas de un mueble y una botella de whisky.

–No, gracias.

–¿Te importa que lo haga yo?

Se sirvió una generosa cantidad, se la bebió de un trago, y repitió la operación.

Calista apartó la vista de él y recorrió la habitación, que tenía las paredes decoradas con coloridos cuadros y muebles rústicos, de madera. Siempre le había encantado aquella casa, mucho más que

la de su propia familia, que estaba amueblada de manera mucho más lujosa, ya que Aristotle siempre había querido impresionar con ella a sus sucesivas conquistas.

Villa Helene era más modesta, más tradicionalmente griega, con las paredes altas y la carpintería exterior pintada de color azul mediterráneo. Al mismo tiempo, contaba con todas las comodidades necesarias, tenía una enorme cocina bien equipada, una preciosa piscina, cinco dormitorios, gimnasio y biblioteca. E incluso un helipuerto donde Calista había visto que esperaba el helicóptero en el que, al parecer, debía de haber llegado Lukas.

–Bueno, ¿de qué querías hablarme? –preguntó, girándose hacia él.

–Eso puede esperar. Ahora mismo lo que quiero es que me beses como me besaste la última vez que estuviste aquí, *agapi mou*. ¿Te acuerdas?

Calista sintió que se mareaba. Lukas le había puesto la mano en la nuca… su cálido aliento, con olor a whisky, la acarició. Por supuesto que se acordaba, perfectamente. Llevaba cinco años reviviéndolo.

Había sido el día de su decimoctavo cumpleaños, una bonita noche de junio, después de que hubiese terminado los exámenes y se hubiese marchado por fin del internado que tanto había detestado. Había ido a pasar unas semanas bajo el sol de Grecia antes de volver al Reino Unido, donde empezaría la universidad.

Le había gustado la idea de la fiesta, aunque su padre hubiese invitado a sus propios amigos. Él la había animado a invitar a sus amigos ingleses y se había ofrecido a pagarles el billete de avión. Aunque lo cierto era que Calista no había tenido muchos amigos, y no había querido espantar a esos pocos presentándoles a su padre.

Porque siempre se había avergonzado de él, de sus excesos con el alcohol, de las copiosas comidas que pedía todas las noches, de su carácter.

No obstante, Calista había querido ver a una persona: a Lukas. Y por eso había intentado domar su melena pelirroja, se había puesto pintalabios y máscara de pestañas, y un vestido verde esmeralda que le sentaba muy bien. Y, para terminar el conjunto, unas sandalias doradas de tacón.

Pero él no se había presentado.

Había sido su padre, Stavros, el que había llegado a la casa con la fiesta ya empezada, aparentemente enfadado, pidiéndole a Aristotle que entrasen al interior a hablar en privado. Calista no había podido ni preguntarle qué había sido de Lukas.

Al final, había decidido tomar las riendas de la situación.

Había tomado prestado el coche de Stavros, que había dejado las llaves puestas, y se había presentado en Villa Helene con una sonrisa, y una botella de champán en la mano.

Allí se había encontrado con Lukas, que parecía nervioso, agitado.

–¡Callie! ¿Qué haces aquí?

–He venido a verte. Es mi cumpleaños, por si se te había olvidado.

–No, no se me ha olvidado. Muchas felicidades –le había respondido él, de modo menos cariñoso de lo habitual–. ¿Has visto a mi padre?

–Sí, está en mi fiesta. Donde también deberías estar tú. Me lo habías prometido, Lukas.

–¿Y lo has visto bien?

–Sí, ¿por qué?

–Porque se ha marchado de aquí con muchas prisas y no ha querido decirme qué pasaba.

–Pues a mí me ha parecido que estaba bien. Se ha quedado hablando con mi padre. Y me ha dicho que viniese a buscarte.

–¿Te ha dado las llaves de su coche? –le había preguntado Lukas, claramente sorprendido.

Pero ella había pensado que no estaba allí para hablar de Stavros. Y se había dado cuenta del verdadero motivo por el que estaba allí. Porque quería que Lukas le hiciese el amor.

Todavía recordaba el gesto de sorpresa de él cuando se había acercado y le había echado los brazos al cuello, sin soltar la botella de champán, y se había pegado contra su espalda. Él se había reído y le había dicho que no hiciese tonterías, que había bebido demasiado, pero, al girarse y mirarla a los ojos, había entendido lo que ocurría.

Se había dado cuenta de que ya no era una niña. De que sabía lo que estaba haciendo. Y que lo deseaba.

Aun así, se había resistido, pero Calista había apretado su cuerpo contra el de él. Había dejado la botella de champán y había hundido las manos en su pelo para acercarlo más. Y, cuando lo había besado, él había reaccionado con pasión y la había llevado hasta el sofá, donde ya no había habido marcha atrás.

Volvían a estar allí otra vez. Y Calista se dio cuenta, horrorizada, de que la atracción seguía siendo igual de fuerte, que seguía deseándolo tanto como aquella noche de junio, a pesar de saber lo que había hecho, de saber en qué clase de hombre se

había convertido.

Lukas ya no era el chico cariñoso y divertido del que se había enamorado. Su mirada era cruel y seria.

Y, no obstante, lo seguía deseando.

–Por supuesto que me acuerdo –respondió, intentando recuperar el control de la situación–, pero no voy a volver a cometer el mismo error.

–Entonces, ¿fue un error? Interesante…

–Sí, lo fue –dijo ella, sintiendo calor en las mejillas.

–Pues a mí no me lo pareció. A mí me pareció que lo tenías todo muy bien planeado.

–¿A qué te refieres? –susurró Calista.

–A que ahora me toca a mí seducirte –le contestó él, acercándose e inclinando la cabeza hacia sus labios.

–No, Lukas, ¡no seas ridículo! –exclamó ella, intentando apartarse.

–Y tengo que admitir que lo estoy deseando.

Entonces la besó, hundió los dedos en su pelo y Calista no pudo escapar.

Fue un beso intenso, urgente, despiadado. E imposible de resistir.

Porque, a pesar de todo, Calista sintió que se derretía entre sus brazos. Sintió que la hacía retroceder y notó la pared en la espalda y se dio cuenta de que no podía escapar.

Sus miradas se encontraron un instante, pero entonces Lukas la volvió a besar y ella se dejó llevar por el deseo que se había adueñado de todo su cuerpo.

Lukas le agarró la pierna y se la puso alrededor de la cintura, le acarició el muslo y apartó la ropa interior con impaciencia para sentir su calor. La hizo estremecerse de placer.

Él se apartó, dejó caer su pierna y buscó en el bolsillo de la chaqueta un preservativo, cuyo envoltorio rasgó con los dientes al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta, se desabrochaba los pantalones y los dejaba caer al suelo. Hizo lo mismo con los calzoncillos y se puso el preservativo.

Entonces volvió a ella, la levantó del suelo porque supo que lo abrazaría con las piernas por la cintura, y volvió a apartarle las braguitas, pero no para acariciarla con los dedos, sino con la punta de la erección.

Y entonces, la penetró.

Calista no pudo pensar en nada más, el momento de placer se transformó en ansias de más, y se lo pidió sin palabras. Le pidió

que la llevase a ese lugar al que se había temido no volver jamás.

Y Lukas obedeció. Sus cuerpos golpearon la pared hasta que Calista sintió que no podía más, y entonces gritó su nombre y se estremeció contra él. Notó que Lukas se ponía tenso y gemía contra la maraña de su pelo.

Capítulo 3

APOYÓ las manos contra la pared y atrapó a Calista entre sus brazos mientras intentaba recuperar la respiración. La miró y se dio cuenta de que temblaba mientras intentaba bajarse el vestido para fingir que no había ocurrido nada.

Pero sí que había ocurrido, Lukas había puesto en marcha su venganza.

Y todo había salido como él había planeado.

Pero lo cierto era que no se sentía satisfecho. No sabía por qué, pero aquello no era suficiente.

El sexo había sido tan estupendo como la primera vez, seguramente por la química y la conexión que había entre ambos. Y pensó que podía volver a hacerla suya una y otra vez. De hecho, podía retenerla allí y utilizarla hasta saciarse. Al fin y al cabo, Calista se lo merecía.

Casi estaba convencido de que era buena idea cuando se miró y pensó que era un hombre de treinta y un años, con los pantalones a la altura de los tobillos, y que deseaba tanto a una mujer que estaba a punto de perder el control.

Pensó que tal vez debiese dar un paso atrás y reexaminar sus motivos. Cuanto antes.

Bajó los brazos, se quitó el preservativo, se vistió y se dio la vuelta.

–¿Ahora quieres beber algo? –preguntó sin mirarla, por miedo a lo que podría ver en sus ojos.

Antes, necesitaba otra copa.

–Lukas… –susurró ella.

Él se giró con dos copas de whisky en las manos y vio confusión en los ojos verdes de Calista, confusión y dolor, y algo que no quería reconocer, y mucho menos analizar.

Había hecho que Calista se sintiese mal, pero ¿acaso no había sido esa su intención? Se negó a sentirse culpable.

Le dio la copa y vio que la tomaba con mano temblorosa y le daba un sorbo. El whisky pareció sentarle bien.

–Dime, Calista.

–¿Qué te ha pasado?

–Veamos… –empezó él–. Mentiras, traición, engaños, la muerte de mi padre y, ah, sí, cuatro años y medio pudriéndome en la cárcel en Atenas.

–Ya no te conozco, Lukas –dijo ella, sacudiendo la cabeza.

–¿No? Pues ya somos dos. ¿Y aun así me dejas que te haga mía contra una pared? ¿Por qué?

–No… no lo sé.

–Y, no obstante, te has puesto a temblar en cuanto te he tocado y has gritado mi nombre –continuó él, sintiéndose mejor–. Y eso que todavía estás vestida de negro y acabas de enterrar a tu padre. No creo que sea un comportamiento adecuado.

–No lo es. No tenía que haber ocurrido. Y créeme que lo lamento.

–Seguro que sí, pero eso no significa que no vaya a volver a ocurrir –respondió Lukas, acercándose de nuevo–. Porque los dos sabemos, Calista, que puedo tenerte cuando quiera, y donde quiera.

Vio su gesto de dolor y le gustó.

–¿Así que de eso se trata? –inquirió ella, enfadada de repente–. ¿Solo querías demostrarme que puedes tener sexo conmigo cuando quieras?

–Más o menos.

Ella separó los labios, pero tardó en responder.

–Eres un ser despreciable y vil –dijo por fin.

–Sí, sí. Eso y mucho más. Insúltame todo lo que quieras si eso te hace sentir mejor, pero no va a cambiar nada. ¿Y sabes qué es lo peor?

La miró de arriba abajo.

–Que ni siquiera te has resistido. Ha sido tan fácil que casi resulta patético.

Ella se dobló por la mitad, como si la hubiese golpeado en el estómago, y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla. Tomó aire y entonces se incorporó. Lo miró con desprecio y se dio la vuelta para marcharse.

–No tan deprisa –dijo él, interponiéndose en su camino.

–Apártate, por favor.

–No te marcharás hasta que yo no lo diga.

–¿Forma esto parte de tu plan? ¿Vas a retenerme en contra de mi voluntad? ¿Todo para demostrarme que te has convertido en un canalla?

–¿Y si lo hiciera? –le preguntó él–. Ambos sabemos lo que pasaría. Que no querrías separarte de mí, Calista. Puedes fingir

sentirte indignada e incluso resistirte por dignidad, pero en realidad bastaría con que chasquease los dedos para que fueses mía. Para que me suplicases que te hiciese el amor. Mira cómo acabas de comportarte. Es lamentable. Deberías darme pena.

Zas.

La mano de Calista aterrizó con fuerza en su mandíbula.

Lo había visto venir y podía haberlo evitado. Después de tanto tiempo rodeado de criminales, su instinto se había aguzado y había aprendido a anticipar situaciones antes de que ocurrieran. Siempre había sido rápido, pero en esos momentos lo era como el rayo. Y, no obstante, había permitido que ocurriera, había querido que aquella reacción tan primaria le demostrase que estaba vivo. Y la bofetada había hecho que se le acelerase el corazón.

Calista Gianopoulous, la joven a la que no había podido olvidar, cuya traición lo había consumido durante los últimos años. En esos momentos la tenía donde quería tenerla.

La estudió con la mirada y pensó que debía sentirse triunfante, vengado, pero no fue así. Lo único que sentía era la abrumadora necesidad de poseer su cuerpo otra vez. Solo podía pensar en lo bella que era.

Se quedó en silencio, a la espera del siguiente movimiento de Calista. La vio bajar la mano y la mirada, y que el labio inferior empezaba a temblarle.

–¿Recurres a la violencia, Calista? –se burló él–. Jamás lo habría imaginado de ti.

–No te mereces otra cosa.

–Tal vez no, pero, si vamos a ser sinceros, quizás deberías mirarte a ti misma.

–¿Qué quieres decir?

–Deja de fingir, Calista. Lo sé.

–¿El qué?

Si Lukas había tenido alguna duda de su traición, la expresión de culpabilidad del rostro de Calista se la confirmó.

–¿Quieres que te lo explique? Porque si es lo que quieres…

Se alejó un par de pasos de ella y después se giró para volver a mirarla.

–Volvamos a la noche de tu decimoctavo cumpleaños. La noche en que mi padre descubrió que la policía había registrado uno de los barcos y lo había encontrado lleno de armas. Mientras Stavros iba a Villa Melina, a intentar averiguar qué estaba pasando, tu padre te mandó aquí para que me entretuvieses. E hiciste un trabajo magnífico, lo tengo que admitir.

Hizo una pausa, su actitud era condescendiente.

–Aristotle debió de sentirse muy orgulloso de ti. Mientras a mi padre le daba un infarto, tú me seducías… Mientras a mi padre se lo llevaban en helicóptero, nosotros nos entregábamos a la pasión. Y, cuando él llegó al hospital, ya era demasiado tarde.

–No, Lukas. No fue así.

–Por supuesto que sí, Calista. Antes de que a mi padre le diese tiempo a enfrentarse al tuyo, a defenderse, le dio un infarto y se murió. Apuesto a que Aristotle no pudo ni creerse la suerte que había tenido.

–Eso… eso que has dicho es terrible.

–Fue terrible, tienes razón –replicó él–. No solo traficaba con armas, sino que traicionó a su viejo amigo. No podría haber sido mucho más terrible, no.

–¡No es verdad! ¡No te creo! –gritó Calista, angustiada–. Mi padre no tenía nada que ver con el contrabando de armas. Él jamás habría traicionado a Stavros.

–Y supongo que tampoco fue el responsable de que me detuvieran a mí y me encerraran en la cárcel cuatro años y medio, ¿no?

–¡No! Eso tampoco es verdad. ¿Cómo iba a ser posible?

–Muy fácilmente. Tu padre tenía amigos corruptos en las altas esferas. O en las más bajas, dependiendo de cómo se mire.

–¡No! Te lo estás inventando.

–No insultes a mi inteligencia fingiendo que no lo sabías – continuó él, pasándose una mano por el pelo–. Me traicionaste igual que tu padre traicionó al mío. Solo espero que te mereciese la pena.

Calista se dio la vuelta y se tambaleó hacia las puertas abiertas de la terraza. No podía ni mirarlo y a Lukas no le extrañó.

Pero todavía no había terminado con ella.

–Así que, ya ves, *agape mou*, esta es mi venganza. Ahora me toca a mí hacerte ver cómo se siente uno cuando lo utilizan, cuando se aprovechan de él.

Se acercó a ella, apoyó una mano en su hombro y la hizo girarse para mirarla a los ojos.

–Dime, Calista, ¿cómo te sientes?

Calista intentó tragar saliva. Estaba tan bloqueada que casi no podía ni respirar. Tenía el corazón acelerado y todavía le ardía la palma de la mano con la que había golpeado a Lukas. Su cerebro

funcionaba a cámara lenta, incapaz de procesar toda la información que él le había dado.

¿Su padre había sido el responsable del tráfico de armas y había culpado a Stavros y, más tarde, a Lukas? Y Lukas pensaba que ella formaba parte de aquella conspiración.

De repente, se sintió aturdida. Se dijo que, al menos, Lukas no sabía de la existencia de Effie…

Respiró hondo e intentó centrarse en aquello último.

Por un momento había pensado que Lukas lo sabía. Y había estado a punto de confesárselo.

Pero no, Lukas no sabía que tenía una hija y lo único que quería era hacerle daño a ella.

Pensó en cómo se había derretido entre sus brazos y sintió náuseas. Se pasó una mano temblorosa por la frente y pensó que tenía que salir de allí. Tenía que volver a Villa Melina, donde tenía su bolsa de viaje, y después marcharse de la isla y tomar un vuelo de vuelta a Londres.

Salió a la terraza y entrecerró los ojos contra la luz del sol.

–¿No tienes nada que decir, Calista? –le preguntó Lukas en tono burlón.

–Solo que tengo que marcharme –respondió ella.

–¿No te vas a disculpar? ¿No me vas a prometer que me compensarás por lo que hiciste?

–No tengo de qué disculparme –le contestó, girándose hacia él–. Tú eres quien debe responsabilizarse de lo que hizo.

–¿No has entendido lo que te he dicho? Yo no tuve nada que ver con el contrabando de armas, ni mi padre tampoco. La única persona responsable de aquella desgracia fue tu padre: Aristotle Gianopoulous.

–¡No! –exclamó ella, girándose para darle la espalda.

Lo cierto era que no lo tenía del todo claro.

–Sí, Calista.

–Pero en el juicio… se declaró culpable a Stavros… Y se demostró que tú habías estado implicado.

–Ya te he dicho que todo fue una trampa. Te sorprendería lo que el dinero puede llegar a comprar. Si tu padre siguiese vivo, tendría que pagar por lo que hizo, ahora que yo conozco a las personas adecuadas, porque por aquel entonces era tan ingenuo que pensaba que se iba a hacer justicia.

Calista se tapó la cara con las manos. No quería que aquello fuese verdad, quería poder defender a su padre, pero algo en la mirada de Lukas, en su tono de voz, hacía que le resultase

imposible no creerlo.

De repente, sintió que no podía respirar.

–Bonita actuación –le dijo él–. ¿No pretenderás decirme que no sabías nada?

–No, Lukas, no sabía nada –admitió ella con un hilo de voz sin apartarse las manos de la cara.

–En ese caso, ¿qué te trajo a Villa Helene aquella noche, si no fue la orden de tu padre de mantenerme entretenido?

–Quería verte, nada más –le respondió, bajando las manos y clavando la vista en el suelo para evitar enfrentarse a la castigadora mirada de Lukas.

–Pues… me temo que vas a tener que inventarte una excusa mejor. Mucho mejor. Porque aquella noche venías con una misión, vestida para matar a tu presa, que era yo. Hiciste el papel de seductora muy bien, por orden de tu padre.

–Mi padre no sabía nada, te lo aseguro. Era mi cumpleaños y quería pasarlo contigo.

–¿Por qué, Calista?

Ella guardó silencio unos segundos. Luego tomó aire. Dadas las circunstancias, le daba igual contárselo.

–Porque estaba enamorada de ti –le confesó–. Había estado enamorada de ti desde los trece años, o incluso desde antes.

Lukas le puso un dedo en la barbilla para levantarle el rostro y que lo mirase.

–Si eras solo una niña.

–Eso era precisamente lo que quería, demostrarte que ya no era una niña.

Él apretó la mandíbula mientras asimilaba la información. Frunció el ceño.

–¿Y esperas que te crea? –replicó por fin–. ¿Esperas que crea que decidiste ofrecerte a mí en el mismo momento en que mi padre iba a plantarle cara al tuyo?

–Me da igual lo que quieras creer, Lukas –le dijo ella.

Se dio la vuelta porque tenía que marcharse de allí y atravesó la terraza para darle la vuelta a la casa y volver a Villa Melina. Con un poco de suerte, se encontraría con el viejo coche de Petros, si no, iría andando. Cualquier cosa era mejor que seguir aguantando las duras palabras de Lukas.

Pero solo había dado un par de pasos cuando él se interpuso en su camino.

–No tan deprisa –le dijo–. Todavía no he terminado contigo.

–Pues yo contigo sí. Apártate.

–¿No pensarías que iba a creerme eso de que estabas enamorada de mí?

–«Estaba», Lukas, en el pasado. Ahora mismo, te odio.

–Eso sí que me lo puedo creer. Y sé por qué tienes tanta prisa por huir. Porque te sientes culpable, Calista. Digas lo que digas, tienes la culpa escrita en el rostro.

Era cierto, se sentía culpable, pero no por el motivo que Lukas pensaba, sino por Effie. Sabía que tenía que contarle que tenía una hija, pero no era el momento ni el lugar. Y no tenía las fuerzas necesarias.

–Tal vez estés confundiendo mi expresión –le contestó–. No es de culpabilidad, sino de vergüenza.

–Llámalo como quieras –respondió él, acercándose más–. En cualquier caso, me alegra ver que aceptas la responsabilidad de tus actos.

–Por supuesto. Por mucho que quiera olvidar lo que acaba de ocurrir entre nosotros, no puedo. Y me da vergüenza haber permitido que me tocases, que me violases.

–¡Ja! –él se rio con crueldad–. ¿Te he violado? ¿Ha sido antes o después de que te abrazaras a mí y gritases mi nombre?

–¡Te odio!

–Sí, sí, ya me lo has dicho. ¿A quién intentas convencer? ¿A mí o a ti? Porque deberías saber que me da igual.

Entrecerró los ojos, pensativo, y después añadió:

–¿O acaso hay otro motivo por el que estás tan desesperada por salir de aquí? –inquirió–. ¿Sales con alguien? ¿Tienes novio, o un amante?

–Eso no es asunto tuyo –le dijo Calista.

–¿Es ese el motivo por el que no eres capaz de mirarme a los ojos? –insistió Lukas–. ¿Es por eso por lo que quieres, a toda costa, ponerme el cartel de malo de la historia?

–No. No tiene nada que ver con eso.

–Entonces, dime que no es verdad.

La agarró con fuerza por la muñeca.

–Muy bien –respondió ella con indignación–. No tengo ningún amante.

–¿Y novio? ¿Tienes pareja?

–No, nada de eso. Ahora, déjame marchar.

–Entonces, ¿qué es? Dímelo. Puedo ver en tus ojos que hay algo, Calista.

Ella dudó.

–No tengo ningún amante –insistió–, pero tengo una hija.

–¿Una hija? –repitió él, soltándole el brazo como si le quemase–. ¿Tienes una hija?

–Sí. Tengo una hija de cuatro años y medio.

Hizo una pausa. Tomó aire.

–Y tú, Lukas, también.

Capítulo 4

LUKAS miró a Calista, inmóvil, horrorizado. No podía ser verdad. No era posible que tuviese un hijo.

Aunque en el fondo sabía que sí. Habían tenido sexo… sin protección. Lo recordaba perfectamente.

Intentó controlar sus emociones y pensar. Calista era una manipuladora, eso ya lo sabía. ¿Cómo podía estar seguro de que no se estaba inventando aquello? Tal vez ni siquiera tuviese una hija, o que la tuviese, pero que no fuese suya.

Pero la creyese o no, el gesto del rostro de Calista lo decía todo. Parecía sentirse mal, estaba muy pálida.

–Siéntate –le dijo él, acercándole una silla de metal antes de que se cayese–. A ver si lo he entendido bien. ¿Has dicho que tengo una hija?

–Sí.

–¿Y me lo dices ahora?

–Estabas en la cárcel, Lukas.

–Eso ya lo sé –rugió él, furioso–, pero ese no es motivo para no contarme que era padre.

–Pensé que era mejor esperar… hasta que estuvieses en libertad.

–¿Ah, sí? –replicó él en tono sarcástico–. ¿Mejor para quién exactamente?

Calista agachó la cabeza.

–¿Y quién más lo sabe? ¿Tu familia? ¿Aristotle…?

–No, no se lo conté. No se lo he contado a nadie.

Él esperó que fuese verdad, por el bien de Calista.

–¿Y cómo se llama, esa hija mía?

–Effie.

–¿Effie?

–De Euphemia.

–¿Y ahora mismo dónde está?

–En casa, en Inglaterra.

–¿Y sabe de mi existencia?

Lukas fue haciendo las preguntas que se le iban ocurriendo, sin pensar en la reacción de Calista.

–Le he contado que vives en otro país. Muy lejos.

–Pues eso habrá que solucionarlo, ¿no?

Lukas se pasó una mano por el pelo y clavó la vista en el agua turquesa de la piscina antes de volver a mirar a Calista, que seguía con la cabeza agachada.

Acababa de tomar una decisión.

–Quiero verla. Lo antes posible. Quiero traer aquí a mi hija, inmediatamente.

–¿Qué?

–Puedo hacerla venir en mi avión privado –dijo él, mirándose el reloj–. Podría llegar esta misma noche.

–¿Esta noche? No esperarás que vaya a Inglaterra, recoja a Effie y la traiga de vuelta, ¿no?

–No. Tú no vas a ir a ninguna parte, te vas a quedar aquí hasta que me traigan a la niña sana y salva.

–¡No seas ridículo! –gritó ella, alarmada–. Effie tiene cuatro años. No puede viajar sola.

–Mi personal se encargará de ella.

–¡No! ¡No lo permitiré!

–No te estoy pidiendo permiso, Calista –le informó él–. Me he perdido cuatro años y medio de mi hija y no voy a perderme más.

–En ese caso, piensa en Effie –le respondió ella–. No ha viajado nunca en avión. Si la primera vez lo hace rodeada de desconocidos, se va a traumatizar. No sabes cómo es… lo sensible que es.

–Tienes razón.

Lukas vio alivio en el rostro de Calista y añadió:

–No sé cómo es.

El gesto de alivio desapareció.

–¿Y de quién es la culpa?

Calista bajó la mirada y, de repente, se sentó recta, como si se le acabase de ocurrir una idea.

–De todos modos, Effie no puede viajar al extranjero porque no tiene pasaporte.

–¿No será otra de tus mentiras? Porque si lo es…

–No, es la verdad.

–Muy bien –dijo él, buscando rápidamente otra solución–. En ese caso, tú y yo vamos a viajar a Inglaterra juntos. Así podrás presentarme a mi hija.

La mirada de Calista era de horror.

–Le pediré a mi piloto que tenga el avión preparado cuanto antes.

Muy a su pesar, cuando llegaron por fin a casa de Calista, en Londres, ya estaba empezando un nuevo día. El viaje había sido muy lento.

Bajaron del coche que había alquilado en el aeropuerto y Lukas estudió el edificio. No estaba mal. Era una casa de estilo victoriano de tres plantas, en una calle tranquila y estrecha.

A su lado, Calista buscó las llaves en el bolso. Casi no se había dirigido a él en todo el viaje, pero a Lukas le daba igual. Le había venido bien para poder ordenarse las ideas e intentar decidir cómo iba a actuar.

Calista había accedido a utilizar el dormitorio que había en el avión, pero, a juzgar por su cara, no debía de haber dormido mucho. Tenía ojeras.

–Hay que entrar con cuidado. Effie estará dormida. Y Magda también.

Él se imaginó que Magda debía de ser una especie de amiga que se había quedado al cuidado de la casa y de la niña. La tendría que investigar también, para asegurarse de que era la persona adecuada para estar cerca de su hija. Aunque probablemente ya fuese demasiado tarde para aquello. Cerró los puños al pensarlo.

Calista lo condujo por un pasillo en el que había bicicletas, una motocicleta de plástico y un montón de cartas.

–Sígueme, vivimos en el último piso.

–¿No es tuya toda la casa?

–Nada es mío, Lukas –respondió ella por encima del hombro–. Tengo un piso alquilado. Y si me lo puedo permitir es solo porque lo comparto con Magda.

Lukas guardó silencio. Si Calista pensaba que le iba a dar pena, estaba muy equivocada. Además, lo distrajo el balanceo de su trasero enfundado en unos ajustados vaqueros mientras subía las escaleras delante de él.

–Ya estamos.

Calista abrió la puerta y encendió la luz del estrecho pasillo. Lo condujo hasta la cocina. Por un instante, se quedaron mirándose el uno al otro. Lukas se sintió demasiado grande, fuera de lugar en aquel espacio tan pequeño.

–¿Cal? –llamó una voz desde el otro lado del pasillo–. ¿Eres tú?

–Sí, soy yo –respondió Calista en un susurro, antes de girarse hacia Lukas–. Voy a hablar con Magda. ¿Quieres prepararte un café?

Abrió un armario y sacó un paquete de café, se lo dio y señaló la cafetera.

–No hagas ruido.

Lukas llenó la cafetera y miró a las palomas que poblaban los tejados de Londres mientras esperaba a que el agua echase a hervir. Veinticuatro horas antes no se habría podido imaginar que estaría allí.

–Hola –lo saludó una voz de niña.

Él se giró y vio a una pequeña con la cabeza cubierta de rizos oscuros despeinados y ojos verdes soñolientos que lo miraban desde la puerta.

«Su hija».

–¿Quién eres?

Lo miró con curiosidad.

–Lukas. Lukas Kalanos –respondió él, alargando la mano para bajarla enseguida.

–Yo soy Effie.

–Umm, sí, ya lo sé.

–Es el diminutivo de Euphemia. Y tengo cuatro años y medio. ¿Cuántos años tienes tú?

–Esto… treinta y uno.

Effie lo estudió con la mirada.

–Mamá tiene veintitrés y Magda, veintitrés también, pero Magda es mayor porque cumple los años antes.

–De acuerdo. ¿Por qué no vas a buscar a tu mamá?

–Porque no puedo, tonto. Mamá se ha ido a Grecia a despedirse de mi abuelo. Yo no lo conocía. Se ha muerto. ¿Quieres un zumo?

Effie arrastró una silla y se subió a ella para abrir la puerta de la nevera. Estaba mirando dentro cuando volvió Calista.

–¿Effie?

–¡Mamá!

La pequeña cerró la puerta de un golpe y se lanzó hacia su madre, abrazándola con las piernas por la cintura, con mucha fuerza.

–¡Has vuelto! ¡Te he echado de menos!

–Y yo a ti, cariño.

–He sido muy valiente. Se lo puedes preguntar a Magda.

–Estoy segura de que es cierto.

Calista le dio un beso en la cabeza y la dejó en el suelo, pero no le soltó la mano.

–Veo que ya has conocido a Lukas.

–Sí. Tiene treinta y un años.

–Sí. Supongo que te preguntas qué hace aquí.

–A lo mejor se ha perdido –respondió la niña.

–No, Effie, no se ha perdido. Ha venido a conocerte.

–¡Ah! –dijo la niña, mirándolo con interés.

–El caso es… Effie, que tenemos algo que contarte. ¿Por qué no vienes aquí y te sientas en mi regazo?

Calista apartó una silla, se sentó y tomó a Effie en brazos. A Lukas le sorprendió su cercanía, no solo física, a pesar de que Effie abrazaba a su madre por el cuello y estaba pegada contra su cuerpo, sino emocional. Parecían muy unidas, parecían una sola persona.

En otras circunstancias, aquello le habría encantado, pero, en esos momentos, Lukas se sintió como un extraño, como si no pintase nada allí.

–El motivo por el que Lukas está aquí es que queremos contarte…

Effie los miró a ambos con sus grandes ojos verdes.

–El caso es que… Bueno, resulta que…

–Soy tu padre, Euphemia.

La voz de Lukas inundó la pequeña habitación, sonó más alta y agresiva de lo que él había pretendido. Los ojos de la niña se dilataron con sorpresa y Calista la abrazó, en los de ella había enfado.

–¡Lukas!

–¿Qué? –preguntó él–. La niña tiene que saberlo.

Lo que él había querido había sido retomar el control de la situación, que no se le presentase como al malo de la historia, pero, al parecer, esto último era lo que había conseguido. La niña se había aferrado todavía más a su madre, que la mecía suavemente, como queriendo consolarla, pero entonces Effie se zafó de ella, lo miró fijamente y se metió un mechón de pelo detrás de la oreja. El gesto era tan parecido al que hacía Calista que Lukas se quedó sin respiración.

–¿Es verdad, mamá? –preguntó la pequeña, que, al parecer, desconfiaba de él tanto como su madre.

–Sí, cariño. Yo quería habértelo dicho con más suavidad, pero Lukas es tu papá.

Effie metió los dedos en el pelo de Calista.

–¿Y va a venir a vivir aquí, con nosotras y con Magda?

–¡No! –respondieron al unísono Calista y Lukas.

–Lukas vive en Grecia, de donde yo vengo.

–¿Con mi abuelo?

–Bueno, más o menos…

–¿Y también está muy triste por la muerte del abuelo?

–Umm… te voy a decir una cosa. ¿Por qué no vas a vestirte? Después desayunaremos los tres juntos y hablaremos de todo. ¿Qué te parece?

Effie acababa de salir de la habitación cuando Calista se giró hacia Lukas.

–¿Por qué has hecho eso? –le espetó–. Habíamos acordado contárselo poco a poco, no así.

–Estabas tardando demasiado.

–¡Demasiado! ¡Si no hace ni dos minutos que hemos llegado a casa!

–Bueno, pues ya está hecho. Y parece que la niña está bien.

–¿Y tú qué sabes?

–Sé que necesita que le digan la verdad. La has engañado durante demasiado tiempo.

–No la he engañado, la he protegido.

–A mí no me vengas con esos cuentos. Solo te estabas protegiendo a ti misma. Ha llegado el momento de que la niña aprenda valores, no mentiras.

–¿Cómo te atreves a criticar el modo en que educo a mi hija?

–También es mi hija, Calista, que no se te olvide.

–¡Ya estoy aquí!

Effie volvió a aparecer en la puerta. Se había puesto una camiseta, una especie de falda rosa y unas botas rojas.

–Bien hecho, cariño –respondió Calista, girándose a sonreírle–. ¿Qué te apetece desayunar?

–Tengo una idea mejor.

De repente, Lukas se sintió desesperado por salir de allí.

–¿Por qué no os invito a desayunar fuera?

–¡Sí! –gritó la niña–. ¿Podré tomarme un donut?

–Por supuesto que sí. Todos los que quieras.

Effie dejó de mirarlo a él para mirar a su madre con incredulidad. Y sonrió al ver que Calista guardaba silencio.

Lukas respiró aliviado. Había ganado el primer asalto gracias al donut. Tal vez fuese solo una pequeña victoria, pero le hizo sentirse bien.

–¡Más rápido! ¡Más rápido!

Calista miró hacia el columpio en el que Effie estaba sentada y que empujaba Lukas. Su hija tenía la cabeza echada hacia atrás y

los ojos cerrados. Cualquiera que no los conociese pensaría que eran un padre y una hija, divirtiéndose juntos bajo la luz del sol, pero Calista se dio cuenta de que los hombros de Lukas estaban tensos, tenía la mandíbula apretada y una mano metida en el bolsillo del pantalón.

Habían desayunado en la terraza de una cafetería de Hyde Park. Lo había decidido Effie. Estaba cerca de un parque y del lago, dos de sus lugares favoritos. Effie se había comido dos donuts y medio y Lukas la había observado en silencio, probablemente esperando a que Calista reaccionase enfadada, cosa que ella se había negado a hacer.

No iba a meterse en aquel juego sucio. Había cosas mucho más importantes en juego. Además, como Lukas continuase columpiando a Effie con aquella fuerza, era posible que la naturaleza le devolviese el tanto a ella, de preferencia, encima de su inmaculado traje de diseño.

Dio otro sorbo a su café. Aquello era muy extraño, no parecía real. Los tres juntos, en aquel parque de Londres.

Siempre había sabido que, en algún momento, tendría que contarles la verdad a los dos. Era una de las muchas cosas que le había quitado el sueño por las noches.

Ya estaba hecho, pero, al mirarlos a ambos, Calista no sentía alivio, sino miedo.

Lukas había cambiado mucho, ya no era el chico divertido, abierto y generoso del que ella se había enamorado. Se había convertido en un hombre frío, calculador, despiadado. Un hombre dispuesto a cualquier cosa para conseguir su objetivo.

Un niño se acercó al columpio y Calista vio cómo miraba la madre a Lukas.

–Agárrate bien –le advirtió Effie al pequeño–. Mi papá empuja muy fuerte.

«Mi papá». ¿Era posible que lo hubiese aceptado tan pronto? ¿Y por qué hacía eso que Calista se sintiese todavía más incómoda?

Unos minutos después, Effie iba corriendo hacia ella, con los ojos brillantes y el otro niño a su lado.

–¿Puedo ir al tobogán con Noah, por favor?

–Sí, yo os miraré desde aquí.

Los dos salieron corriendo y Calista se dio cuenta de que la madre de Noah la miraba con decepción. Se sonrieron educadamente y la otra mujer siguió a los niños.

–¿Otro café? –preguntó Lukas, llamando al camarero.

–No, gracias. De hecho, tendríamos que irnos.

–¿Tenías otros planes para hoy? –le preguntó él en tono socarrón.

–¿Y qué si los tuviera? –replicó Calista–. Effie y yo tenemos una vida, ¿sabes? Una buena vida. He hecho todo lo que he podido para que crezca segura y feliz, y no le falta de nada.

–Salvo un padre, por supuesto –respondió él mientras se ponía azúcar en el café y se llevaba la taza a los labios.

Calista frunció el ceño.

–Por suerte, eso voy a poder cambiarlo.

–Tal vez –admitió ella–, pero no pienses que vas a poder irrumpir en nuestras vidas como si no pasase nada. Effie es feliz. Lo último que necesita es que le trastoquen la vida.

Lukas dejó lentamente la taza encima de su plato y la miró a los ojos.

–Cuanto antes te des cuenta de quién manda aquí, mejor para todos.

–¿Mandar? –replicó ella, ruborizándose, indignada–. En lo relativo a Effie soy yo la que toma las decisiones.

–Ya no, *thespinis mou*.

Con el corazón encogido, Calista vio cómo Effie los saludaba desde lo alto del tobogán. Ella le devolvió el saludo y la niña señaló a Lukas.

–Quiere que la saludes –le dijo Calista entre dientes.

Lukas levantó la mano y entonces Effie se lanzó tobogán abajo.

–¿Y cómo es esa vida que tanto deseas proteger? –preguntó Lukas, volviendo a mirarla a ella.

–Ya te lo he dicho, una vida normal.

–Háblame de ella. ¿Trabajas? ¿Va Effie al colegio?

–Effie acaba de terminar preescolar. Y yo estoy a punto de graduarme.

–¿De graduarte? ¿En qué?

–He estudiado enfermería.

–¿Enfermería? –preguntó él sorprendido.

–Sí –respondió ella, poniendo los hombros rectos–. Ha sido duro, estudiar y cuidar de Effie al mismo tiempo, pero Magda, que estaba en mi curso, me ha ayudado mucho. No lo habría conseguido sin ella.

–¿Y dónde trabajas? ¿En un hospital?

–Todavía no. Tengo que tener el diploma antes de poder solicitar un puesto de trabajo. Voy a intentar empezar en septiembre, cuando Effie vaya al colegio a tiempo completo.

Lukas frunció el ceño mientras absorbía la información.

–¿Y dices que nunca has llevado a Effie a Grecia?

–No.

–¿Por qué?

–Porque no ha sido necesario. Grecia ya no forma parte de mi vida. Ni siquiera habría vuelto yo si no hubiese sido por el entierro de mi padre.

–¿Y, no obstante, le has puesto a tu hija un nombre griego?

–Sí –respondió ella, consciente de que no sabía por qué lo había hecho–. Solo porque me parecía un nombre bonito.

–Tonterías. Tú eres medio griega. Y Effie, tres cuartos griega. Ambas tenéis sangre griega corriendo por vuestras venas. Eso no lo puedes evitar.

–No, pero…

–Grecia siempre será parte de tu vida, lo quieras o no. Y yo seré parte de la vida de Effie.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Calista, asustada.

–Quiero decir que no quiero seguir perdiéndome la vida de mi hija. Que voy a llevarme a Effie a Thalassa conmigo.

–¡No! No, Lukas, no puedes…

–Sí que puedo, Calista. Puede venir sola o la puedes acompañar. Tú decides. En cualquiera de los dos casos, mi hija volverá a Thalassa conmigo.

Capítulo 5

CUANDO las hélices del helicóptero dejaron de girar, Calista vio cómo Lukas apagaba el control y se quitaba el cinturón de seguridad. Habían pasado menos de veinticuatro horas y ya estaban de vuelta en Villa Helene, tal y como él había decidido.

Había ganado.

Calista no había querido que Effie viajase sola con él, así que había intentado convencerlo de que irían las dos unos días más tarde, o de que Lukas se quedase en Londres un tiempo, pero él no había cedido. Ni siquiera la excusa de que la niña no tenía pasaporte había funcionado. Lukas se había encargado de todo.

En esos momentos, Calista miró a Effie, que dormía profundamente entre sus brazos. El viaje hasta Thalassa había sido largo y cansado, sobre todo con cuatro años.

Lukas se giró hacia ellas con expresión indescifrable.

–He dado órdenes a Petros y a Dorcas para que preparen la casa. Me imagino que Effie querrá irse directamente a la cama.

Ella se preguntó si Petros y Dorcas trabajaban para él, y cómo habrían reaccionado a la noticia de que Lukas y ella tenían una hija juntos.

Calista conocía a la agradable pareja desde siempre. Dorcas había hecho el papel de madre durante los largos veranos que ella había pasado en la isla.

Habían sido los únicos en trabajar de manera permanente en Villa Melina. La naturaleza irascible de Aristotle había hecho que nadie durase mucho tiempo trabajando para él.

Se quitó el cinturón de seguridad con cuidado, para no despertar a Effie, mientras Lukas les abría la puerta.

–Dámela.

Alargó los fuertes brazos hacia la niña y Calista obedeció a regañadientes. Vio cómo Effie se abrazaba a él mientras Lukas la llevaba hacia la casa.

La puerta principal se abrió y apareció Dorcas, que se llevó las manos al pecho al ver a Lukas con la niña.

–Entrad, entrad. Estaréis muy cansados después de un viaje tan largo.

–*Kalispera*, Dorcas –dijo ella, sintiéndose incómoda por no haberle contado a nadie, ni siquiera a su padre, que tenía una hija.

Pero Dorcas la tranquilizó con un fuerte abrazo.

–Mira que no haberme dicho que tienes una niña preciosa –la reprendió Dorcas–. ¡Y con Lukas!

Entraron en la casa y Dorcas dio instrucciones a su marido, que estaba saludando a Lukas. Cuando Petros se giró hacia Calista, lo hizo con una enorme sonrisa.

–Hemos arreglado una habitación para Effie. Petros ha pintado la pared de rosa claro, ¿verdad, Petros? Esperamos que le guste.

Petros asintió orgulloso y Calista se sintió incómoda.

–Gracias, Petros –le dijo, tomando a la niña de brazos de Lukas–. Si me decís cuál es, acostaré a Effie.

–Por supuesto. Sígueme.

Dorcas la guio hasta una habitación y abrió la puerta. Y Calista se quedó de piedra. La que había sido una habitación de invitados bastante espartana se había convertido en una preciosa habitación infantil, con muebles blancos, cortinas a rayas blancas y rosas, una pequeña cama y cuadros de hadas y de princesas en las paredes.

–¿Te gusta? –le preguntó Dorcas.

–Es preciosa, Dorcas, pero ¿cómo has conseguido todo esto en tan poco tiempo?

–Lukas dijo que no había tiempo que perder, así que Petros contrató a un pequeño equipo de decoradores. Lukas quería que todo fuese perfecto para su hija.

Aquello la alarmó.

Entre Dorcas y ella le quitaron la ropa a Effie y la metieron en la cama. Mientras lo hacían, Dorcas no dejó de susurrar que la niña era preciosa, tanto como su mamá, pero con los rizos oscuros de su padre. Calista cerró la persiana y casi tuvo que sacarla de la habitación a rastras. Dejó la puerta entreabierta.

–¿Ahora trabajáis aquí, Dorcas? –preguntó una vez en el pasillo.

–Sí. Lukas nos lo ha pedido.

–¿Y os parece bien? Quiero decir, después de todo lo ocurrido…

–Por supuesto que sí. Petros y yo conocemos a Lukas de toda la vida, desde que era un bebé, y jamás hemos creído que fuese culpable del delito del que se le acusaba.

–¿De verdad? Entonces… mi padre… ¿significa eso que sospechabais de él?

–Nosotros no somos quién para sospechar de nadie, cariño.

Sobre todo, ahora que el Señor se lo ha llevado.

Calista tragó saliva.

–¿Y vivís aquí, en Villa Helene?

–No. Eso es lo mejor. A Lukas le parece bien que nos quedemos en Villa Melina. De hecho, dice que la casa es nuestra.

Cambió de gesto de repente.

–Lo siento, Calista. Sé que estoy hablando de tu casa. Yo le pregunté a Lukas si no quería mudarse allí, pero él me dijo que no, que vuestra casa sería esta.

–¿Nuestra casa?

–Sí, la de Lukas, Effie y tú. Y Petros y yo no podríamos estar más felices con la noticia. Nos encanta que los Gianopoulous y los Kalanos estén unidos. Es un sueño hecho realidad. Y pensar que Effie va a crecer…

Calista sintió que le temblaban las piernas.

Lukas pretendía que se quedasen allí, para siempre. O, mejor dicho, que Effie se quedase allí. Ella no le interesaba lo más mínimo.

Pero eso no podía ser.

Calista volvió al salón con los hombros rectos, dispuesta a pelear.

Pero Lukas parecía muy tranquilo.

–¿Va todo bien?

–No –replicó ella.

–¿No te gusta la habitación? –preguntó Petros, que estaba poniendo la mesa.

–No, Petros, no es eso. La habitación me encanta.

–Entonces, ¿no le gusta a la niña?

–Effie está dormida, pero estoy segura de que le encantará cuando se despierte.

–Me alegro –respondió Petros, sin dejar de poner la mesa.

–Creo que lo que Calista pretende decirte es que muchas gracias, Petros, a ti y a Dorcas, por haber hecho un trabajo tan fantástico en tan poco tiempo.

Todos se relajaron y Lukas miró a Calista con una ceja arqueada.

Ella sintió ganas de golpearlo y quitarle aquella sonrisa de la cara.

–Ha sido un placer, ¿verdad, Petros? –dijo Dorcas, llegando desde la cocina con una cacerola en las manos–. Ahora, sentaos a cenar, los dos. Estoy segura de que tenéis hambre.

Calista miró a Dorcas y a Lukas, y la idea de quedarse a solas

con él le dio pánico.

–¿No os vais a sentar a cenar con nosotros?

–¿Petros y yo? Por supuesto que no –respondió Dorcas riéndose–. He preparado esto especialmente para Lukas y para ti. Es vuestra primera cena aquí juntos, como pareja, como familia…

–Gracias, Dorcas, estoy seguro de que estará delicioso –dijo Lukas–. Ahora, Petros y tú podéis marcharos, ya habéis hecho demasiado por nosotros. Calista y yo estaremos bien solos. ¿Verdad, Calista?

–Sí –respondió ella entre dientes.

Pero la puerta se acababa de cerrar cuando le preguntó, furiosa:

–¿Me puedes explicar qué está pasando aquí?

Él descorchó la botella de vino y la miró solo un instante antes de servir dos copas.

–¿Qué está pasando? –repitió mientras se disponía a servir la deliciosa comida, moussaka, en dos platos y le ponía uno delante–. Por favor, siéntate.

Calista se dejó caer en la silla.

–¿Por qué Dorcas y Petros piensan que nos vamos a quedar a vivir aquí, como una familia? ¿Se lo has dicho tú?

Él se metió un bocado de comida en la boca y lo masticó antes de contestar.

–Supongo que Dorcas se lo ha imaginado. Ya sabes que enseguida se emociona.

–Es cierto, pero le tienes que poner las cosas claras, Lukas. Tienes que decirle que Effie y yo solo vamos a pasar aquí unas breves vacaciones, que vamos a volver a Inglaterra.

–Yo me refería más bien a nuestra situación, a ti y a mí. Parece que Dorcas piensa que somos pareja. Supongo que es comprensible que cometa ese error, teniendo en cuenta que siempre ha sido una romántica.

–Sí, por supuesto, en eso se equivoca también.

–¿No vas a comer nada? –le preguntó él–. Está delicioso. Ahora entiendo que tu padre llegase tan lejos, con Dorcas cocinando para él.

Calista se negó a responder a la provocación.

–¿Se lo vas a decir tú o se lo digo yo? Que no vamos a quedarnos, quiero decir.

–Puedes decirle lo que quieras, Calista. Y puedes hacer lo que quieras. Me da igual. Pero Effie va a quedarse aquí, conmigo. Todo el tiempo que yo diga.

–¡No!

–Sí, Calista.

–No es eso lo que acordamos. Dijimos que iban a ser unas vacaciones, como mucho quince días.

–¿Eso dijimos? Tal vez mentí un poco, pero no pongas esa cara de sorpresa. Tú sabes bien lo que es mentir.

–¡Eso no es justo!

–Nada de esto es justo, Calista. Que mi padre falleciese de un infarto no fue justo, que a mí me metieran en la cárcel cuatro años y medio no fue justo, y que no supiese que tenía una hija, tampoco. Pero ahora estoy intentando equilibrar la balanza. Por el momento, se van a hacer las cosas a mi manera. Y vamos a empezar por que Effie se quede en Thalassa conmigo.

–¡No! No puedes pagar con Effie la rabia que sientes contra mi padre y contra mí.

–No tengo intención de pagar nada con ella. Todo lo contrario, estoy deseando conocerla y formar parte de su vida.

–¡Pero no puedes mantenerla aquí!

–Yo pienso que sí. Podemos hacerlo por las buenas, o por las malas, con abogados, jueces, órdenes. Yo no te lo recomiendo, porque ganaré. Te lo aseguro. No hace falta que te recuerde que estamos en Grecia y que Effie es tres cuartas partes griega.

–Y no hace falta que yo te recuerde a ti que has estado en la cárcel por tráfico de armas.

Calista se arrepintió nada más decir aquello.

–No, Calista –rugió Lukas, furioso–. No hace falta que me lo recuerdes. Y te aseguro que pretendo limpiar mi nombre, pero, mientras tanto, tengo dinero y contactos. Y estoy seguro de que las autoridades griegas me concederían la custodia.

–¿Tienes pensado pedir la custodia de Effie? –preguntó ella, pensando que se iba a desmayar.

–Tal vez… No estoy seguro. Depende.

–¿De qué?

–De ti. Si insistes en ponérmelo difícil, no tendré otra alternativa.

–¿Y qué esperas que haga? ¿Que te entregue a mi hija, sin más? ¿Que permita que hagas lo que quieras?

–Bueno… si me lo ofreces…

–No te estoy ofreciendo nada.

–¿No? –preguntó él con una sonrisa–. Qué pena. Porque, si me permitieses hacer todo lo que quisiese, te aseguro que disfrutarías.

–Basta ya, Lukas.

–Tengo que admitir que, a pesar de todo lo que has hecho, de quién eres, todavía te deseo.

–Pues yo no te deseo a ti –replicó ella, demasiado deprisa, con demasiada pasión.

–¿No? –le dijo Lukas en tono divertido–. Por supuesto que no.

Calista apartó la mirada.

–El caso es que todo depende de ti –continuó él–. Si permites a Effie quedarse aquí y aceptas que tengo tanto derecho como tú a que esté conmigo, podremos mantener una relación amistosa. No habrá juicios ni luchas por la custodia, al menos, por ahora. Sino un acuerdo civilizado entre los dos.

Ella se mordió el labio inferior, que le temblaba, no se sentía en absoluto civilizada, sino como una bestia salvaje, capaz de cualquier cosa por proteger a su cría. No obstante, sabía lo peligroso que podía llegar a ser enfrentarse a Lukas y estaba segura de que cumpliría su amenaza de luchar por la custodia de Effie. Y que lo más probable era que ganase él.

–Al parecer, no tengo elección –respondió.

Lukas se encogió de hombros.

–Pero no voy a dejar aquí a Effie sola. Si ella se queda, yo también.

–Como desees.

–Muy bien. Effie se quedará aquí, y yo también, al menos, por ahora, pero no de manera permanente, Lukas. Effie empieza el colegio en septiembre y es evidente que, para entonces, tendremos que estar de vuelta en Londres.

–Me alegro de que hayas decidido entrar en razón.

Lukas estudió su rostro colorado, bajó por la garganta y hasta los pechos, donde se detuvo. Calista notó cómo se le endurecían los pezones y se cruzó de brazos para taparse. Lukas respondió arqueando una ceja.

–¿Y quién sabe? –comentó–. Tal vez no estemos tan mal. Quizás encontremos la manera de mantenernos entretenidos.

–Si estoy aquí es estrictamente por Effie. Nada más. ¿No te ha quedado claro?

–Como el agua, pero, por desgracia, tú también eres tan transparente como el agua y yo lo puedo ver todo –le respondió Lukas con una sonrisa–. ¿Y sabes lo que veo? A una mujer luchando contra sus deseos sexuales. A una mujer que sabe que es una batalla perdida porque me desea. Me desea mucho más de lo que es capaz de admitir.

–Te equivocas, Lukas Kalanos. Eres un iluso arrogante.

–Mira quién fue a hablar –respondió él con los ojos brillantes.

Lukas estudió a Calista con el ceño fruncido. Tal vez estuviese engañándose a sí misma, pero a él no lo engañaba. Su cuerpo la había delatado.

A Lukas nunca le había costado ningún esfuerzo atraer a las mujeres. Era moreno y guapo y, además, encantador, así que había sido un imán para el sexo contrario ya desde la pubertad. Incluso en la cárcel había conseguido engatusar a las pocas mujeres que habían trabajado en la cárcel: las trabajadoras sociales, la bibliotecaria, las cocineras. Todo el mundo había sabido que tenía privilegios especiales gracias a su encanto.

Pero el caso de Calista era especial. Quizás porque ella intentaba negarlo, o porque aquello le demostraba a Lukas que tenía un cierto poder sobre ella.

O, tal vez, solo porque era ella.

Lukas había sabido que Calista no dejaría a Effie sola con él. Por eso le había dicho sin pensarlo que le daba igual si se quedaba o se marchaba, había estado seguro de ganar. Porque, en realidad, sí que le importaba. Demasiado.

Darse cuenta de aquello no mejoró su humor.

Tomó la botella de vino y le hizo un gesto a Calista, pero ella negó con la cabeza, así que solo rellenó su copa. Clavó la vista en la pared del fondo, donde habían hecho el amor solo un par de días antes. No, no habían hecho el amor, habían tenido sexo. Un sexo rápido, furioso, frenético.

Tenía que admitir que, después de hacerlo, no se había sentido satisfecho, sino más bien disgustado.

No por Calista, ni por lo que habían hecho, sino porque se había dado cuenta de que quería más, mucho más. Y el disgusto provenía de cómo se había comportado con ella.

Dio un sorbo a la copa de vino e intentó encontrar alguna justificación a aquel repentino ataque de consideración. Tantos años sin estar con una mujer debían de haberlo trastornado.

Con veinte años, se había divertido mucho y había sacado el máximo partido a su belleza, dinero y poder. Había amado a muchas mujeres, y ellas a él, y pretendía volver a hacerlo, pero antes tenía que olvidarse de aquella.

Además, era padre. Tal vez ya no fuese apropiado que una sucesión de mujeres fuese pasando por su cama. Quizás hubiese llegado el momento de ser más responsable. No quería que su hija

desayunase cada día con una amante diferente. Aunque aquel nunca hubiese sido su estilo. Siempre había preferido una habitación de hotel anónima, siempre había valorado la libertad de poder cerrar la puerta y marcharse. Siempre había valorado su intimidad.

Todo lo contrario que Aristotle.

Lukas miró a Calista, que estaba jugando con la comida, con las mejillas todavía coloradas. A Aristotle no le había importado pasear a sus conquistas delante de su hija, o de cualquiera.

Si es que podía llamarse «conquistas» a la sucesión de mujeres desesperadas y ambiciosas que habían pasado por su cama.

No había sido fiel a ninguna de sus tres esposas. Y los tres matrimonios habían terminado mal y, en el caso del de la madre de Calista, en tragedia. Y, no obstante, ella había ayudado a su padre y le había sido fiel hasta el final.

Lukas frunció el ceño y dejó el tenedor en el plato. Aquello no tenía ningún sentido. Salvo que Calista le hubiese dicho la verdad acerca de aquella fatídica noche.

No. Lukas se negaba a dejarse engañar. En cualquier caso, su comportamiento no se parecería en nada al de Aristotle Gianopoulous, solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

Porque la pequeña Effie ya había conquistado su corazón.

Se dio cuenta, sorprendido, de que sería capaz de hacer cualquier cosa por ella. Y de que iba a formar parte de su vida para siempre.

La cuestión era qué iba a hacer con su madre.

Capítulo 6

DESPIERTA, dormilona.

Calista abrió los ojos y vio a su hija junto a la cama. En una mano llevaba un *koulouri* a medio comer y en la otra, un pan con forma de anillo, cubierto de semillas de sésamo que se estaban cayendo sobre la colcha.

–Tienes que levantarte.

Calista la abrazó y aspiró su olor a niña pequeña.

–Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

–Sí –respondió Effie con impaciencia–, pero tienes que darte prisa. Tenemos mucho que hacer.

Calista se apoyó en un codo y se miró el reloj, sorprendida de lo tarde que era.

Había pasado la noche en la habitación más grande de la casa, que Dorcas había preparado para la feliz pareja llenándola de flores frescas y velas. Incluso había echado pétalos de rosa por la cama, detalle que había hecho que Lukas sonriese de medio lado al abrir la puerta.

En esos momentos, Calista se dio cuenta de la realidad a la que había accedido: a quedarse en Thalassa con Effie una temporada. En realidad, no había tenido elección. No tenía dinero ni contactos. Lukas, sí.

Pero se le aceleraba el pulso solo de pensar en él. Perdía el control, el raciocinio y la sensatez cuando lo tenía cerca. Por no hablar de lo que ocurría con su libido.

–Venga, mamá. Vamos a ir en el barco de mi papá.

Calista cerró los ojos, volvió a abrirlos y miró a Effie, que parecía feliz.

Lo único que le faltaba a ella era pasar el día en el barco de Lukas. Sabía que esa era su pasión, que era feliz subido a su barco, descalzo, con la brisa despeinando sus rizos oscuros.

–Date prisa, mamá. ¡Vístete!

Respiró hondo, apartó la sábana y se sentó al borde de la cama. Se detuvo. La imagen de Lukas, sonriendo y relajado, con los ojos brillantes porque iba a navegar, se había quedado anclada en su mente, no la podía borrar. Lukas había adorado la vida, había sido

un chico alegre. Libre.

Y le habían arrebatado esa libertad.

Mientras se desperezaba, Calista pensó por primera vez en cómo debía de haber sido aquello para él. Que a Lukas le hubiesen privado del mundo exterior, del sol y del mar, que hubiese perdido su libertad durante cuatro años y medio…

Debía de haber sido toda una tortura. ¿Y si además no había sido culpable? ¿Y si era inocente?

Calista se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos. Al verse sola y embarazada, había sacado fuerzas de flaqueza para salir adelante, criar a su hija, estudiar. Y durante las horas más oscuras, durante las largas y solitarias noches, se había obligado a recordar lo que Lukas había hecho, el hombre que era en realidad.

Pero en esos momentos ya no estaba segura. O sí. Lukas era inocente. Estaba convencida. De hecho, siempre lo había estado.

Lo que significaba que su padre había sido el culpable.

–¡Mamá! –le gritó Effie, agarrándola de la mano para intentar ayudarla a ponerse en pie–. Papá nos está esperando.

Calista fue al baño. Tendría que hablar con Lukas y enfrentarse a la verdad, por dolorosa que fuese. Se lo debía.

Se protegió los ojos del sol y vio cómo Effie chapoteaba en el mar azul turquesa. Estaba con Lukas a cierta distancia del barco, pero Calista confiaba en él. Effie todavía no sabía nadar, pero le habían puesto unos flotadores y Lukas le estaba enseñando en esos momentos.

–Bien hecho, ya casi lo tienes –le estaba diciendo–. Ahora, a ver si puedes venir hasta donde estoy yo.

Se apartó un poco y esperó a que la niña chapotease hacia él.

–¡Muy bien, lo has conseguido! –la felicitó, tomándola en brazos mientras la pequeña gritaba contenta.

Entonces ambos se dirigieron hacia el barco. Y Calista volvió a clavar la vista en su libro.

–¿Has visto eso, mamá?

El barco se tambaleó mientras Effie y Lukas subían a bordo.

–He nadado sola.

–Eso es estupendo, cariño –le respondió ella, cerrando el libro y dejándolo a un lado para demostrar que en esos momentos era ella la que llevaba el mando–. Ahora, ven, tienes que secarte.

Effie la abrazó y el contraste de su cuerpo frío con el de Calista, caliente por el sol, hizo que a esta se le pusiese la piel de gallina.

Consciente de que Lukas la miraba, ella se concentró en quitarle los flotadores a la niña. Luego le dio la mano y se la llevó hacia el camarote.

Pero Lukas estaba en medio.

–Perdona –dijo Calista, intentando pasar, pero él se negó a moverse y ella tuvo que levantar la vista hacia su magnífico cuerpo.

–La próxima vez voy a hacerlo sin flotadores –dijo Effie–. Papá dice que aprendo deprisa.

–Seguro que sí –respondió Calista, secándole el pelo, ya en el camarote–, pero, si no quieres, no hace falta que lo llames papá, puedes llamarlo Lukas.

–Me gusta llamarlo papá –respondió Effie–. Dice que los niños griegos llaman *bampas* a sus papás. Es gracioso, ¿verdad? ¿Tú llamabas así a tu papá?

«No», pensó ella en silencio. Siempre había utilizado con Aristotle la palabra formal: *pateras*.

–Y la palabra para decir sí es *nai* –continuó Effie mientras Calista la vestía–. Eso también es muy gracioso. Papá dice que tengo que aprender a hablar griego, así, podré hablar con todo el mundo.

–Bueno, ya veremos –respondió Calista–. En Londres no te va a hacer falta el griego.

–No, pero a mí me gusta estar aquí –respondió Effie, bostezando.

–Sí, las vacaciones son muy divertidas, ¿verdad? Pero en casa también se está bien. Apuesto a que Magda nos echa de menos.

–Umm –respondió Effie–. Podría venir también.

–No, cariño. Ahora, ¿quieres dormir la siesta?

Para su sorpresa, Effie asintió y permitió que Calista la tumbase en una cama. Cerró los ojos casi inmediatamente.

Calista miró a su alrededor. se sintió tentada a quedarse allí, en vez de volver a cubierta con Lukas, pero eso sería de cobardes. Y ella no era una cobarde.

Cuando subió, Lukas le estaba dando la espalda, haciendo algo con las amarras.

Al oír que se acercaba, le preguntó:

–¿Está bien Effie?

–Sí, está durmiendo. Debe de ser por el aire fresco –comentó riéndose.

–El aire fresco siempre es bueno para un niño.

Lukas abrió la nevera portátil.

–¿Quieres algo? ¿Más comida? ¿Una cerveza?

–No, gracias –respondió ella, que ya se arrepentía de la copa de vino blanco que se había tomado un rato antes. Entre eso y el sol, estaba empezando a sentirse aturdida–. Creo que me voy a sentar a la sombra, a leer un rato.

–Como desees.

Colocó unos cojines a la sombra y abrió su novela. Oyó que Lukas abría una cerveza y levantó la vista hacia él, que estaba ocupado con el barco. Las olas del mar golpeaban el casco, una gaviota pasó por encima. Ella cerró los ojos…

Lukas se puso cómodo al lado de Calista, que se había quedado dormida. Un mechón de pelo rojizo se había quedado entre sus labios y se movía con la respiración. Él la recorrió con la mirada y tragó saliva. La tentación de pasar las manos por su piel desnuda era demasiado fuerte. O de pasar la lengua, desatarle la parte de arriba del bikini y apartar la tela, para que su boca pudiese dedicar a aquellos pechos la atención que se merecían. Se excitó solo de pensarlo.

Apartó la vista y la clavó en el horizonte. Sabía que, si quería, podía tener a cualquier mujer. ¿Por qué torturarse con aquella?

¿Sería porque sabía que había sido su primer amante? No se le había olvidado el momento en el que ambos se habían dado cuenta de que no había marcha atrás.

Calista había sido tan apasionada, había estado tan excitada. En la cárcel, Lukas siempre había pensado que había sido toda una actuación, pero ya no estaba tan seguro. En esos momentos, cuando miraba aquellos ojos verdes veía en ellos muchas cosas: ira, dolor, miedo, pero no traición. Y cuando le había dicho que Aristotle era el culpable ella se había mostrado realmente destrozada. Rota.

Lukas se pasó la mano por el pelo mojado y pensó que tenía que avanzar, tenía que dejar de sufrir por el pasado y concentrarse en el futuro. Un futuro en el que estaría su hija.

Porque Effie era lo más maravilloso que había salido de todo aquel embrollo. Todavía le costaba creer que tuviese una hija. Y, sobre todo, una hija tan especial como Effie. Se sentía feliz cada vez que la miraba… cuando pensaba en ella.

Pero había otra cosa que lo inquietaba. Él había sido el primer amante de Calista, pero ¿cuántos más había tenido desde entonces? Habían pasado cinco años, tiempo más que de sobra

para que Calista hubiese tenido muchos compañeros.

Solo de imaginársela con otro hombre hizo que le ardiese la sangre en las venas, que le temblasen las manos de la impotencia y la ira.

Al menos no parecía que estuviese con nadie en esos momentos. Lukas lo había confirmado con Effie.

Lo que no significaba que fuese así. Aunque el modo en que Calista se había entregado a él el día del entierro, con tanta pasión, con tantas ansias, le sugería que no había nadie. Y que, si lo había habido, ya era parte del pasado. O iba a serlo pronto. Porque Calista iba a ser suya mientras él lo quisiese.

La decisión estaba tomada. Deseaba a Calista. Quería tenerla en su cama todas las noches. Y, además, iba a asegurarse de que ella también lo deseara.

Notó que se movía a su lado y se giró a mirarla. Vio cómo se humedecía los labios secos con la punta de la lengua y cambiaba de postura. Tomó el libro que había quedado pegado a su vientre, con las páginas ligeramente manchadas de crema solar. Lukas había visto cómo se la extendía por todo el cuerpo un rato antes y había deseado hacerlo él.

Calista abrió sus ojos verdes. Y Lukas estaba lo suficientemente cerca para darse cuenta de que, por un instante, lo miraba con deseo.

–¡Lukas! –le dijo entonces, indignada–. Me has asustado. ¿Qué haces aquí, mirándome?

–Solo estaba disfrutando de las vistas.

–Pues no lo hagas más.

Calista no sabía qué Lukas le resultaba más intimidante, el vengativo y agresivo del entierro de su padre, o el sarcástico y arrogante que la recorría con la mirada en esos momentos.

Ninguno de ellos representaba al Lukas que ella había conocido. Del que se había enamorado. Y, no obstante, sabía que aquel hombre seguía estando en él. Lo había visto con Effie, cariñoso, paciente. Lo había visto al subirse al yate, sonriendo, olvidándose por un instante de lo mucho que la odiaba.

Calista empezó a sentir calor bajo su mirada.

–¿Hay agua fría en la nevera? –le preguntó.

–Por supuesto.

Lukas se puso en pie rápidamente y volvió con una botella de agua mineral. Calista bebió y luego se dio cuenta de que estaba

empezando a quemarse, algo que le ocurría con facilidad. Por suerte, Effie había heredado el color de piel de su padre, aunque un par de tonos más claro.

Calista hizo ademán de ponerse en pie.

–Voy a ver cómo está Effie.

–No hace falta. Acabo de hacerlo yo. Sigue dormida.

–Ah, de acuerdo –respondió ella, volviendo a sentarse.

Lukas había hablado en tono frío, como si hubiese esperado que ella le llevase la contraria, o como si estuviese esperando algo. La miró a los ojos un par de segundos y luego se tumbó en los cojines, con un brazo debajo de la cabeza.

Era un hombre impresionante, moreno y fuerte. Y a Calista le entraron ganas de tocarlo.

Así que dobló las rodillas y se abrazó a ellas.

Pasaron varios segundos en silencio, sin hacer nada. Calista tomó aire. Sabía que había una manera de romper la tensión sexual que Lukas estaba creando a propósito entre ellos.

Se aclaró la garganta.

–Lukas, he estado pensando –empezó, moviéndose con nerviosismo, obligándose a mirarlo a los ojos.

Él arqueó una ceja.

–Lo que me dijiste acerca de mi padre… es verdad, ¿no? El responsable del tráfico de armas era él.

–Sí, Calista. Es verdad –respondió él.

–Y Stavros… no tenía nada que ver, ¿no?

–Nada en absoluto.

–Ni tú tampoco.

Él se limitó a inclinar la cabeza. Le brillaron los ojos.

Pasaron varios segundos, Calista deseó poder meterse en el mar y huir de aquella horrible situación.

En vez de eso, se abrazó las rodillas con más fuerza.

–Lo siento mucho, Lukas –le dijo en un susurro.

–¿Que lo sientes? –preguntó él–. No creo que una disculpa sea suficiente, después de lo ocurrido.

–Bueno, no, pero…

–Me quedé sin libertad, mancharon mi nombre, me arruinaron la vida.

–Es evidente que no hay nada que pueda compensarte por todo eso.

–Por haber matado a mi padre.

Aquello hizo que Calista levantase la cabeza.

–Eso no es justo –le respondió–. El corazón de Stavros ya

estaba débil, lo dijo la autopsia. Podría haber fallecido en cualquier momento.

–Y, no obstante, falleció mientras discutía con tu padre.

–No obstante…

–¿Todavía vas a defenderlo, Calista? ¿Al monstruo de tu padre?

–No.

–Porque, si es así, te sugiero que abras los ojos y veas que era un individuo abyecto.

–Sé que hizo algo terrible, Lukas.

A punto de echarse a llorar, Calista se tapó la cara con las manos temblorosas. Le resultaba muy doloroso enfrentarse a la culpabilidad de su padre, pero tenía que hacerlo. Y tenía que enfrentarse a Lukas también. Ella no era responsable de lo que Aristotle había hecho. Pensase lo que pensase Lukas, ella no había hecho nada malo. Y tenía que convencerlo de ello.

Tomó aire, apartó las manos y dijo:

–Te prometo que no tenía ni idea. Tienes que creerme.

–De acuerdo –dijo él–. Te creo.

–Bien. Entonces, ¿aceptas que no tuve nada que ver con ello?

–Si tú lo dices…

–Por supuesto que lo digo –replicó ella con firmeza–. Yo no soy culpable de los delitos que cometiera mi padre.

–No, pero sigues siendo culpable de haberme traicionado.

–No, ya te he dicho…

Él levantó la mano para interrumpirla.

–Aceptaste la versión de tu padre sin dudarlo. Creíste que yo era capaz de cometer los delitos de los que se me acusó y ni siquiera me preguntaste. Para mí eso es una traición.

–Me equivoqué… Ahora me doy cuenta –dijo Calista–. Y siento mucho no haber confiado en ti.

–¡No quiero tus disculpas! –exclamó él en tono duro, amargo–. Ya me da igual lo que pienses de mí.

La miró fijamente.

–Todavía no lo entiendes, ¿verdad?

Calista lo miró en silencio.

–Tal vez el responsable de que yo fuese a la cárcel fuera tu padre, pero tú, al creer sus mentiras, me negaste el derecho a saber que era padre. Me robaste los primeros cuatro años y medio de la vida de Effie –la acusó–. Y, si no nos hubiésemos visto en el entierro, si yo no te lo hubiese sacado, todavía no sabría de su existencia.

–No. Te lo habría contado. Iba a contártelo.

–¿De verdad? ¿Cuándo exactamente? ¿Cuando la niña tuviese dieciocho años? ¿O veintiuno?

–Tenía que pensar en Effie. Ella es lo primero… Tenía que hacer lo que era mejor para ella.

–¿Y lo mejor para ella era privarla de su padre? –inquirió Lukas–. Gracias por eso, Calista.

Ella no supo cómo responder.

–Para tu información, mi vida tampoco ha sido precisamente fácil estos años atrás.

–¿No me digas? ¿Has estado encerrada en una celda con un ladrón armado, capaz de rebanarte el cuello por un paquete de tabaco?

–Bueno, no, pero…

–¿Te has pasado una hora al día, la única hora al día en la que te dejaban ver la luz del sol, dando vueltas a un patio de prisión?

–No, por supuesto que no.

–Entonces, no te atrevas a decirme que tu vida ha sido dura.

–¡Yo no puedo arreglar el pasado, Lukas! –le gritó ella–. No sé qué más te puedo decir.

–Nada, no me puedes decir nada –le respondió él–, pero tal vez haya algo que puedas hacer.

Alargó un dedo, lo pasó por su mandíbula y después por los labios.

A Calista se le aceleró el corazón, se le dilataron las pupilas al ver que Lukas se acercaba más.

–Quizás haya una manera de poder empezar a compensarme –añadió, inclinando su magnífico cuerpo sobre ella.

Capítulo 7

EL CUERPO de Lukas se cernía sobre ella, con los brazos y los dedos de los pies apoyados con firmeza a su lado. Calista se quedó inmóvil, consciente de los músculos de sus bíceps, de su torso fuerte, que estaba a tan solo unos centímetros de su tembloroso cuerpo. Sentía el calor que irradiaba su cuerpo y penetraba en ella. Su aliento le acariciaba el rostro e hizo que cerrase los ojos, hasta que sus labios la tocaron y los volvió a abrir. Bastaba una caricia, el roce de sus labios, para que se pusiese a temblar de deseo. Para que se quebrase.

Lukas dobló los codos para bajar el cuerpo y profundizar el beso. Fue un beso persuasivo y sensual, con el que le dejó claro a Calista quién mandaba allí, quién tenía el poder.

Por un instante, ella intentó resistirse apretando los labios, pero no iba a servir de nada y ambos lo sabían. Al final se rindió y separó los labios e, inmediatamente, Lukas estaba allí, gimiendo mientras su lengua encontraba la de ella y se entrelazaban.

Calista hundió las manos en su pelo, se aferró a él. Por su parte, Lukas puso un brazo alrededor de su cintura para cambiar de posición y que ella estuviese encima, sin dejar de besarla. Sus cuerpos estaban prácticamente desnudos y Lukas la ayudó a colocarse de tal manera que estuviese donde él quería: pegada contra su erección.

Calista se oyó gemir y el deseo de tenerlo dentro fue tan intenso que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no rogárselo. En vez de eso, apretó las caderas contra él.

Y Lukas lo entendió, gimió.

La tela de los bañadores era tan fina que corría el peligro de deshacerse con el calor que ambos estaban generando. Calista metió una mano entre ambos y acarició los fuertes músculos del pecho de Lukas, bajó por el vientre y metió la mano por debajo del bañador para acariciarlo. Lukas se estremeció y le fue desatando el bikini.

–Dios mío, Calista –gimió entre dientes–. Mira cómo me pones.

Volvió a besarla mientras le acariciaba la piel desnuda de las nalgas antes de hundir los dedos donde ella más lo necesitaba.

–No puedo saciarme de ti –añadió entre dientes–. Jamás podré hacerlo.

¿Era una amenaza o una promesa? Calista no estaba segura, no le importaba. Solo podía pensar en que lo deseaba tanto que tenía miedo de explotar.

Pero tenían que controlarse un poco. Effie estaba dormida en el camarote, debajo de ellos. Tenían que actuar con responsabilidad.

Ambos lo oyeron a la vez. Un ruido apagado debajo de ellos y después una voz:

–Mamaaá.

Ella se apartó rápidamente de Lukas y se dio cuenta de que la parte de arriba del bikini colgaba de su cuerpo y, la de abajo, estaba arrugada entre sus piernas.

–Ya voy, cariño. Espera un momento.

Se ajustó los triángulos para cubrirse los pechos todavía duros y luego miró a Lukas, que la estaba observando con ojos oscuros y brillantes, pero con una cierta vulnerabilidad, y que entonces se movió para buscar unos pantalones cortos y ponérselos.

Acababan de vestirse los dos cuando una cabeza despeinada apareció por las escaleras, entrecerrando los ojos al ver la luz del sol.

–Aquí estáis –dijo Effie, mirándolos con curiosidad–. No sabía dónde estaba cuando me he despertado.

–¿No, cariño? –preguntó Calista sonriendo–. No pasa nada. Seguimos aquí, en el barco.

–¡Ya lo sé! –respondió Effie, poniendo los ojos en blanco–. ¿Puedo ir a nadar otra vez?

–Sí, por supuesto. Esta vez te acompañaré yo.

Calista pensó que le vendría bien un poco de agua fría.

–¡Sí! ¿Y papá también?

–Tal vez dentro de un rato –respondió él, apoyando una mano en el hombro de Calista e inclinándose para susurrarle al oído–: Continuará, señorita Gianopoulous.

Calista tragó saliva, pero Effie tiró de su mano y le impidió responder.

Estiró la espalda y se puso los brazos detrás de la cabeza. Lukas había estado trabajando en su despacho toda la tarde y necesitaba un descanso, pero después de tantos días sin hacer nada se le había acumulado el trabajo.

Su negocio de yates de lujo, Blue Sky Charters, había seguido

funcionando bien en su ausencia. Sus empleados le habían sido leales y no tenía de qué preocuparse. Supuso que había tenido suerte, aunque la palabra «suerte» no era precisamente la que hubiese preferido utilizar, de que las autoridades no hubiesen embargado su negocio personal. No había ninguna relación entre este y G&K Shipping, que se había hundido con el escándalo.

Aunque Lukas pretendía volver a levantar la empresa, en honor a su padre. Ya habían conseguido volver a comprar siete cargueros. Aristotle Gianopoulous había tenido ochenta, pero era un comienzo. Lukas también había decidido limpiar su nombre y, lo que era mucho más importante, el de su padre. Quería que todo el mundo supiese quién había sido el responsable del tráfico de armas.

Se inclinó hacia delante y cerró el ordenador portátil. La casa estaba en silencio y todavía no se había puesto el sol. Pensó que, de hecho, había demasiado silencio. Hacía algo más de una semana que habían llegado los tres a Villa Helene y Lukas se había acostumbrado a tener por allí rondando a Calista y a Effie, a oír a la niña corriendo por los suelos de mármol de la casa, a oír su risa y sus gritos retumbando en las grandes habitaciones. En vez de disfrutar de su soledad, Lukas aguzó el oído para ver si habían vuelto ya de su excursión a la playa.

Después de la comida, Calista se había asomado para anunciarle que iba a llevar a Effie a la pequeña cala que había cerca de la casa. Lukas había entendido por su tono de voz que no quería que las acompañase. Lo habría hecho de todos modos de no haber sido porque tenía trabajo. Además, Calista llevaba toda la semana jugando a guardar las distancias con él.

Y él había decidido seguirle la corriente. Aunque se estuviese volviendo loco, viéndola balancear las caderas por toda la casa, fingiendo indiferencia cuando en realidad la tensión sexual que había entre ambos fuese insoportable.

Se miró el reloj. Eran más de las seis. Tenían que haber vuelto ya, aunque sabía que siempre era difícil llevarse a Effie de la playa.

Le encantaba ver cómo disfrutaba la pequeña en Thalassa, y le encantaba que eso le fastidiase a su madre. Por un lado, a Calista le gustaba ver feliz a su hija, pero, por otro, no dejaba de recordarse, y de recordarle a él, que aquello no eran más que unas vacaciones, que pronto volverían a Londres.

Eso ya lo verían. Lukas todavía no tenía claro lo que iba a hacer, pero sí que no tenía la intención de dejar marchar a Effie.

Porque adoraba a su hija. Effie le había robado el corazón desde el primer momento y quería seguir teniéndola cerca. Si para ello tenía que domar a su madre, lo haría.

A pesar de que «domar» no era la palabra adecuada. Lukas no quería a una Calista dócil. Le encantaba que fuese salvaje.

Por su propio bien, Lukas había decidido concentrarse solo en la atracción sexual que había entre ambos. Solo habían hecho el amor dos veces, con un intervalo de más de cuatro años y medio, y ninguna de las dos había sido perfecta.

La siguiente vez que le hiciese el amor a Calista, porque estaba seguro de que iba a haber una siguiente vez, y pronto, se iba a asegurar de que las condiciones fuesen las correctas.

Por ese motivo, se había dedicado a elaborar cuidadosamente un plan.

Aquella mañana había llegado correo para Calista. Debía de habérselo enviado la mujer con la que compartía casa en Londres. Petros se lo había llevado junto con una muñeca para Effie, regalo de Dorcas y suyo. Effie había dado las gracias de manera educada, aunque Lukas se había dado cuenta de que miraba la muñeca con recelo. Cuando se había quedado sola, la había desnudado mientras su madre miraba las cartas y solo se molestaba en abrir una, leerla y volver a meterla en el sobre.

–¿Algo interesante? –había preguntado Lukas al ver que Calista apretaba los labios.

–No mucho –había respondido ella–. Es del abogado de mi padre. Van a leer el testamento el día veintiocho.

–¿Mañana?

Ella había mirado su teléfono para comprobar la fecha.

–Sí.

–¿Vas a ir?

–No. Tiene el despacho en Atenas. Además, no quiero saber nada de la herencia de mi padre… ahora que sé la verdad.

Lukas la había visto bajar la vista. El hecho de que por fin Calista hubiese aceptado la verdad no le había producido ninguna satisfacción. Más bien, su dolor había hecho que se le encogiese el corazón.

–Mis hermanastros pueden repartirse lo que haya quedado.

–Si tú no estás allí para firmar, no podrán –le había informado él–. Te sugiero que vayas a Atenas y que aproveches la oportunidad para dejar todos los cabos atados. Tal vez entonces puedas pasar página.

–Y yo te sugiero a ti que no te metas en los asuntos ajenos.

En vez de enfadarse al oír aquella respuesta, como habría sido de esperar, Lukas se había sentido casi aliviado al ver que Calista seguía luchando.

–¿He metido el dedo en la llaga?

–No. Es solo que no necesito que me digas lo que debo o no debo hacer, muchas gracias.

–Está bien. No obstante, permite que te informe de que yo tengo un negocio que atender en Atenas. Podríamos ir mañana… y, tal vez, hacer noche en mi apartamento.

–No –había contestado Calista con firmeza–. Va a ser un lío para Effie.

–¿Y por qué no la dejas aquí? –había sugerido él–. Estoy seguro de que Dorcas y Petros estarán encantados de cuidarla.

–Sí, por favor, mamá –había dicho Effie, a la que nunca se le escapaba nada–. ¿Puedo quedarme con Dorcas y Petros? Por favor.

–No sé… Quizás no quieran tener que estar pendientes de ti por la noche.

–No voy a molestar. Puedo ayudar a Dorcas a preparar galletas *kouloulou*.

–*Koulourakia* –la había corregido Calista.

–Sí, esas. ¿Puedo, mamá?

–Bueno, tal vez. Luego se lo preguntamos.

En ese punto, Lukas había esbozado una sonrisa. Gracias a su maravillosa hija había conseguido con éxito la primera fase de su plan.

En esos momentos, se dirigió a la terraza y se llevó la mano a la frente para hacerse sombra. Oyó a lo lejos la vocecita de Effie y poco después vio aparecer a madre e hija a su izquierda. Ambas coloradas y despeinadas por el viento. Calista llevaba un pareo atado a las caderas e iba cargada con un bolso de playa y una nevera portátil. Effie luchaba contra su cocodrilo hinchable que era casi el doble de grande que ella.

Lukas echó a andar y se dio cuenta, sorprendido, de la alegría que le daba verlas.

–¿Qué demonios está haciendo él aquí?

Los dos hermanastros de Calista se pusieron en pie de un salto al verla entrar con Lukas en el despacho del abogado. Ella notó cómo Lukas se ponía tenso a sus espaldas.

–Él no tiene nada que hacer aquí –le recriminó Christos–. Haz que se marche, Calista.

–Siéntate, Christos –le pidió ella con voz tranquila, aunque en el fondo estuviese muy nerviosa, mientras tomaba asiento–. Lukas solo ha venido a acompañarme.

–Ha venido a comprobar el daño que nos ha hecho –insistió Christos–. Ha diezmado nuestra herencia tanto como la suya propia.

–¿Por qué lo has traído? –intervino Yiannis.

En realidad, Calista no había querido que Lukas la acompañase, pero él había insistido en llevarla hasta allí, después, en acompañarla en el ascensor y, cuando había querido darse cuenta, había entrado con ella en el despacho.

–¿Por qué no nos sentamos todos? –propuso el señor Petrides desde el otro lado del escritorio.

Era el abogado de la familia Gianopoulous y debía de tener al menos ochenta años.

–La lectura del testamento no llevará mucho tiempo.

Christos volvió a sentarse y Yiannis lo imitó. Lukas tomó también una silla y la colocó al otro lado de Calista.

El señor Petrides se aclaró la garganta y empezó a leer despacio. Calista intentó concentrarse, pero le resultó difícil con Lukas a su lado, irradiando hostilidad contra los hermanos Gianopoulous. ¿Tenía planeado algún enfrentamiento? ¿Era aquel el motivo de su presencia allí? Por primera vez, Calista se preguntó si la habría engañado para tenerlos a todos juntos. Aunque, de ser así, no le importaba.

El tiempo fue pasando. El despacho era pequeño y hacía calor y, cuando se quiso dar cuenta, estaba con la cabeza en otra parte. Esperaba que Effie estuviese bien, aunque de aquello estaba segura, podía contar con Dorcas y Petros.

Ella, por su parte, había accedido a pasar la noche en el apartamento que Lukas tenía en Atenas. Todavía no lo conocía. De adolescente, había preferido no pensar en él, ya que se había imaginado que Lukas llevaría a muchas mujeres allí, aunque Lukas nunca le hubiese dado ningún motivo para pensarlo. Siempre había sido muy discreto en lo que a su vida privada se había referido. Lo que no significaba que no la hubiese tenido.

De lo que estaba segura era de que esa noche iba a tener que ser muy cauta si no quería terminar entre sus sábanas negras de satén. Durante toda la semana, desde el beso en el barco, había intentado luchar contra la atracción que había entre ambos. Solo de pensarlo temblaba por dentro.

Así que había hecho todo lo posible por guardar las distancias

con él y había intentado estar siempre en compañía de Effie. Y, por las noches, después de acostar a la niña, se había puesto a leer o se había ido a la cama temprano.

Sorprendentemente, Lukas no había intentado presionarla. De hecho, se había comportado como todo un caballero.

Calista se había sentido muy aliviada. Era evidente que a Lukas se le había olvidado la promesa que, entre susurros, le había hecho en el barco. Al parecer, había decidido no intentar seducirla, darle espacio. Sin embargo, con el paso de los días ella había empezado a sentirse primero frustrada y después insegura. Había empezado a tener la sensación de que Lukas no se comportaba así por respeto, sino más bien por falta de interés, y eso tampoco le gustaba.

–Entonces, básicamente, nos está diciendo que no hay absolutamente nada.

La voz furiosa de Christos hizo que Calista volviese a la realidad.

El señor Petrides lo miró por encima de las gafas.

–Lo que estoy diciendo es que los pocos bienes que le quedaban a su padre tienen que dividirse entre los herederos.

–¿Y Thalassa? –inquirió Yiannis, echándose hacia delante–. ¿Tampoco queda nada de la isla?

–No se hace referencia a la isla de Thalassa –respondió el señor Petrides–. Tengo entendido que esa propiedad pertenecía a la primera esposa de su padre que, recientemente, la ha vendido al señor Kalanos.

–Eres un…

Christos había vuelto a ponerse en pie, pero Yiannis lo contuvo y lo obligó a volver a sentarse.

–Entonces, ¿es verdad? –le preguntó Yiannis a Lukas, con gesto de derrota.

–Por supuesto –respondió él en tono frío y tranquilo.

–En ese caso, ¿se puede saber a qué hemos venido? –le preguntó Christos al señor Petrides–. ¿Solo a que nos humillen? ¿A que este hombre pueda alardear de cómo nos ha engañado?

–No, Christos –respondió el anciano, que de repente parecía haber envejecido todavía más–. El motivo por el que os he reunido hoy aquí es que tengo algo que contaros. Creo que ha llegado el momento de que sepáis la verdad acerca de vuestro padre.

Apoyó la espalda en el sillón e hizo una pausa antes de continuar.

–He guardado silencio durante los últimos años. Al principio, pensé que lo hacía por lealtad, pero me he dado cuenta de que en

realidad es cobardía. En cualquier caso, la situación ha cambiado. Me han diagnosticado una enfermedad terminal y necesito quitarme este peso de los hombros antes de morir.

–Lo siento mucho, señor Petrides –dijo Calista, inclinándose hacia delante para tocar su mano, pero el abogado la apartó.

–No me merezco tu compasión, Calista. Yo… he estado ocultando información, tanto a vosotros como a la policía. Y siento mucho tener que contaros esto… pero soy de la opinión de que vuestro padre fue el responsable del contrabando de armas, y no Stavros Kalanos.

–¡No! ¡Está mintiendo! –exclamó Christos, poniéndose en pie de nuevo–. Él le ha pagado para que nos diga eso, ¿verdad?

Señaló a Lukas y añadió:

–¡Es todo una sucia conspiración!

El anciano negó con la cabeza.

–No conozco los detalles de los negocios de vuestro padre, pero empecé a sospechar hace mucho tiempo. Sospechas que debí haber compartido con las autoridades. Y que ahora pretendo compartir con ellas. Lukas…

Con mucho esfuerzo, se puso en pie.

–Me alegro de que estés aquí hoy –le dijo–. No voy a pedirte que me perdones, porque sé que no me lo merezco, pero quiero expresarte mi más profundo arrepentimiento por no haber dicho la verdad antes, por la injusticia que sufriste y por haber arruinado el nombre de tu padre.

Lukas se puso en pie, rígido, pero tranquilo. Y tomó la mano temblorosa que el señor Petrides le ofrecía.

–Gracias, hijo –le dijo el abogado–. Es más de lo que me merezco. Puedes estar seguro de que a partir de ahora haré lo correcto.

–Un momento –lo interrumpió Yiannis–. Solo ha hablado de sospechas, Petrides. No se pueden hacer acusaciones tan fácilmente si no se tienen pruebas.

–De todos modos, nadie creerá a un viejo loco –añadió Christos.

–Es la verdad –intervino Calista–. Y es mejor que la sepáis, los dos. Nuestro padre fue el culpable, no Stavros, ni tampoco Lukas.

–¿Y tú qué sabes?

–Lo sé porque me lo ha contado todo Lukas, y lo creo.

–Pues peor para ti –le dijo Christos–. Todos sabemos que has andado detrás de Lukas desde siempre. Podría haberte dicho que lo negro era blanco y también lo habrías creído.

–Basta –dijo Lukas, poniéndose en pie justo detrás de la silla de Calista–. Deberías respetar a vuestra hermana. Los dos.

–¿Respetar? –repitió Christos–. ¿A esa? ¿Una criatura pelirroja que siempre ha sido un parásito?

Calista se quedó de piedra al oír aquello.

–¿Qué has dicho?

–Si no la quería ni su propia madre. La mandaba a Thalassa todos los veranos, hasta que al final decidió suicidarse. Y es probable que Calista haya heredado su locura, así que lo mejor es que tenga cuidado.

–¡Christos! –lo reprendió Yiannis, tirándole del brazo.

Pero Lukas ya lo estaba agarrando por el cuello, lo levantó en volandas.

–¡Suéltalo, Lukas! –le gritó Calista, temiendo por la vida de Christos–. No merece la pena.

Lukas dudó, respiró hondo y lo soltó por fin, a pesar de que era evidente que estaba furioso.

–No vuelvas a hablar así de Calista en la vida –lo amenazó.

Christos dejó escapar un gruñido.

–Ahora, discúlpate –le dijo Lukas, agarrándolo de los hombros para hacerlo girarse hacia Calista.

–No pasa nada, no me importa…

–Por supuesto que sí –insistió Lukas–. Este cretino va a disculparse, ahora mismo.

–Lo siento –dijo Christos, bajando la mirada a sus pies.

–No es suficiente. Mira a tu hermana a los ojos y discúlpate como es debido.

–No tenía que haber dicho todo eso –dijo entonces Christos–. Me disculpo.

–Siéntate –le dijo Lukas, y luego se giró hacia Yiannis–. Y tú también.

Yiannis obedeció.

–Ya va siendo hora de que os enteréis de un par de verdades. En primer lugar, vuestro padre era una mala persona, que mintió y traicionó a mi padre e hizo que me inculpasen a mí. En segundo lugar, si alguno de los dos vuelve a hablar mal de Calista, no seré responsable de mis actos. ¿Entendido?

Los dos hermanos asintieron.

–Y lo voy a dejar aquí por respeto a Calista –les advirtió Lukas–, no porque haya terminado con vosotros. No os merecéis una hermana como ella: valiente, fuerte, honrada y mucho más inteligente que vosotros dos, idiotas, juntos. Lo que me lleva a la

tercera cosa que os quería decir: estoy muy orgulloso de anunciaros que es la madre de mi hija.

Yiannis y Christos dieron un grito ahogado al unísono.

–Sí, tenemos una hija. Y algún día heredará toda mi fortuna, y os aseguro que me voy a asegurar de que, en esta ocasión, nada ni nadie consiga perjudicarnos.

Capítulo 8

UNA COPA?

Lukas se acercó al bar y tomó una botella de brandy.

–Sí, ¿por qué no?

Calista aceptó la copa que él le ofrecía, le dio un sorbo y dejó que el líquido le calentase la garganta.

Acababan de llegar de cenar, habían estado en un pequeño restaurante familiar, escondido en uno de los muchos rincones de aquella bonita ciudad. Se habían sentado fuera, a una mesa tan pequeña que sus rodillas se habían chocado y Lukas se había visto obligado a estirar las piernas a un lado. Ella, por su parte, se había sentido mucho más relajada, después de todo lo ocurrido en el despacho del señor Petrides.

La comida había sido deliciosa, hacía una noche cálida y estrellada y el ambiente olía a jazmín y a flor de azahar, así que Calista se había olvidado de sus problemas por un rato y había disfrutado de la compañía de Lukas. Eso era sencillo cuando él estaba así: encantador, atento, divertido. El viejo Lukas. Ninguno de los dos había mencionado la desagradable escena del despacho del señor Petrides.

Pero, en esos momentos, Calista tuvo la sensación de que eso estaba a punto de cambiar. Hizo girar el brandy en la copa e intentó retrasar lo inevitable.

–Tu apartamento es precioso.

–Gracias –respondió Lukas, acercándose–, pero tengo la sensación de que te sorprende.

–¡Lo siento! –ella se rio–. Es que no me lo imaginaba así.

–¿Y cómo te lo imaginabas?

–Es mejor que no lo sepas.

–Deja que lo adivine: sofás de cuero negro y una enorme pantalla de televisión en el salón.

–Más o menos.

–¿Y tal vez una cama de agua y sábanas de satén? Y un cajón lleno de juguetes sexuales.

Calista se ruborizó. Se preguntó si Lukas podía leerle el pensamiento.

–¿En eso también me he equivocado? –preguntó, intentando disimular la vergüenza.

–Juega bien tus cartas y a lo mejor lo averiguas en un rato.

Calista tragó saliva.

Se apartó de él y paseó por el centro del salón.

–Me encantan todos tus cuadros. ¿Ese de ahí es un original?

–Lo es. Me interesa mucho el arte moderno. Además, es una buena inversión, pero no hay nada en mi colección que se pueda comparar a esto.

Apretó un botón y las cortinas se abrieron, dejando al descubierto un enorme ventanal.

–¿Qué te parece?

Calista dio un grito ahogado. Ante ella brillaban las luces de la ciudad de Atenas, a lo lejos se veía la Acrópolis.

–¡Es increíble!

–Se ve mejor desde aquí.

Lukas atravesó la habitación, la agarró de la mano y, después de abrir las puertas de cristal, la hizo salir al balcón.

–Es bonito, ¿verdad?

Lo era. Era mágico. Echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la noche. Entonces, algo la hizo mirar a Lukas, que la estaba observando con fascinación. Cuando sus miradas se encontraron, la atracción que había entre ambos se avivó de golpe.

Él arqueó las cejas ligeramente, gesto que hizo que a Calista se le doblasen las rodillas.

Lo deseaba tanto… Y estaba segura de cómo terminarían si Lukas se acercaba más y la besaba.

Pero no lo hizo. Apartó la mirada y señaló hacia donde había dos sillas de metal.

–¿Nos sentamos?

–Ah, sí, ¿por qué no?

–Bueno… –añadió Lukas, volviendo a mirarla–. Parece que tus queridos hermanos por fin saben la verdad acerca de tu padre.

Calista hizo una mueca.

–No son mis queridos hermanos –respondió ella–. No quiero volver a verlos en toda mi vida.

–Ya somos dos.

Lukas hizo una breve pausa y añadió, muy serio:

–Si Christos vuelve a hablar de ti así, te prometo que no responderé de mis actos.

Calista vio cómo cerraba los puños.

–Todavía no sé por qué no lo he matado.

–Has conseguido controlarte muy bien –comentó ella, esbozando una sonrisa.

–No me importaría que me condenasen a cadena perpetua por haberlo matado.

–De eso nada –dijo ella, poniéndose seria de nuevo–. No merece la pena.

–Eso es cierto.

–En cualquier caso, gracias por haberme defendido –añadió Calista.

–No tiene importancia –respondió él–. Solo he dicho lo que pienso.

–Pues te lo agradezco mucho –repitió ella, apartando la mirada–. No obstante, lo que has dicho acerca de que Effie vaya a heredarlo todo… ¿No te parece un poco prematuro?

Lukas se encogió de hombros.

–No pasa nada por hacerles ver que la dinastía Kalanos va viento en popa.

–Umm…

Calista no se sentía cómoda con aquello, pero no quiso romper el alto el fuego llevándole la contraria.

–Tengo que admitir que siempre pensé que ese par de payasos sabían la verdad acerca de Aristotle –continuó Lukas–, pero, a juzgar por sus caras hoy, ya no estoy tan seguro.

–Yo pienso que también se habían creído las mentiras de nuestro padre –comentó Calista–. Lo siento mucho, Lukas.

Él sacudió la cabeza.

–Hagamos una tregua, al menos por esta noche.

Ella asintió. Le parecía bien. Si le diesen a elegir, no volvería a tocar el tema jamás, pero sabía que no era tan sencillo. Lukas había prometido limpiar su nombre y el de su padre. Al parecer, el señor Petrides iba a ayudarlo.

Todo el mundo sabría lo que había hecho Aristotle, cosa que a ella le parecía bien, pero también le daba un poco de miedo. Al fin y al cabo, Aristotle había sido su padre… y el abuelo de Effie.

–¿Puedo preguntarte qué pretendes hacer? –le dijo, dejando la copa en la mesita que había entre ambos–. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo público?

–Cuando esté preparado. ¿Qué es lo que dicen…? La venganza es un plato que se sirve frío.

Calista se estremeció.

–Yo te agradecería que me previnieses antes…

–¿Para intentar cubrirte las espaldas, Calista?

–¡No! –replicó ella, indignada–. Solo estoy diciendo que, si me avisas, podré prepararme y asegurarme de que la prensa no molesta a Effie.

–Te aseguro que, haga lo que haga, pensaré siempre en lo que es mejor para Effie.

–Ah… gracias.

–Y, hablando de Effie, se me había olvidado comentarte algo.

A Calista se le subió el corazón a la garganta. Si Lukas iba a empezar a hablarle del tema de la custodia otra vez, lucharía con uñas y dientes por su hija.

–¿Sí? ¿El qué?

Lukas guardó silencio un instante. Divertido con su reacción.

–Solo, que me he dado cuenta de que no te he reconocido el mérito que tienes.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–A lo maravillosamente bien que has criado a nuestra hija.

–Ah.

–Es evidente que Effie es feliz, una niña equilibrada y excepcional. Has hecho un trabajo estupendo.

–Gracias –respondió ella, ruborizándose.

–También me he dado cuenta de que es muy inteligente –continuó Lukas, sonriendo con franqueza–. Sospecho que eso lo ha heredado de mí.

–Por supuesto –le dijo Calista–. Junto con tu humildad y modestia.

Sus miradas se encontraron y la tensión desapareció, viéndose sustituida por algo mucho más peligroso.

–Brindemos por ello –añadió Lukas–. Por Effie, nuestra niña.

Chocaron sus copas y Calista notó que se le deshacía el nudo que tenía en la garganta con el sorbo de brandy. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no supo por qué.

–Y por el futuro, por supuesto –continuó él–. Nos depare lo que nos depare.

Calista se había quedado perdida en su mirada. Se dijo que tenía que decir algo, cuanto antes.

–Bueno… se está haciendo tarde –balbució–. Creo que me voy a ir a la cama.

Esperó a que Lukas dijese algo, hiciese algo. En realidad, tenía la esperanza de que le impidiese marcharse, pero él se quedó inmóvil, sin dejar de mirarla.

–Buenas noches –añadió ella, poniéndose en pie con la intención de marcharse, pero sintió que tenía los pies anclados al

suelo.

A sus espaldas, oyó reír a Lukas, fue una risa suave y arrogante. Ella se giró a mirarlo. A mirarlo mal.

Pero no pudo. Porque, de repente, tenía a Lukas muy cerca. Y la estaba tocando. Pasó las manos por sus hombros, por su espalda, trazó la curva de su cintura, la agarró del trasero y la apretó contra él. Y después volvió a subirlas para hundirlas en su pelo. Y besarla.

Y qué beso.

Hambriento, posesivo, dominante, que hizo que Calista se estremeciese y desease más. Respondió al instante y se apretó contra su cuerpo. Buscó su lengua con la de ella, notó que se le erguían los pechos. Se rindió al deseo.

–¿Habías mencionado la cama?

Lukas la tomó en brazos y la llevó al interior, atravesó el salón con Calista aferrada a su cuello y no la soltó hasta llegar al dormitorio, donde la dejó de manera casi reverencial encima de la enorme cama.

–Quédate así –le pidió Lukas en tono sensual.

Ella se estremeció y se dijo que no tenía pensado ir a ninguna parte. Contuvo la respiración mientras Lukas empezaba a quitarse la ropa, comenzando por los botones superiores de la camisa, que después se quitó con impaciencia por la cabeza, quedándose deliciosamente despeinado. Después fue el turno de los pantalones vaqueros y los calzoncillos, y entonces se quedó completamente desnudo ante ella. Su magnífico cuerpo brillaba bajo la luz tenue de la habitación… Calista recorrió su pecho con la mirada, siguió bajando hasta la V bien esculpida de su pelvis, llegó a la línea de vello oscuro y, por fin,… a la erección.

No tuvo mucho tiempo para disfrutar de las vistas, porque Lukas volvió a la cama enseguida, se colocó sobre ella y le bajó los tirantes del vestido antes de pasar a la cremallera de la espalda. Con su ayuda, Calista se quitó el vestido por la cabeza y después se desabrochó el sujetador. La mirada de deseo de Lukas hizo que se le endureciesen los pezones todavía más.

Luego se besaron apasionadamente y entonces Lukas bajó la mano para acariciarla entre los muslos.

Calista gimió contra sus labios y echó la cabeza hacia atrás. La sensación era maravillosa. Era ridículo que Lukas pudiese casi hacerla llegar al clímax con solo tocarla, pero tenía que admitir que era el único hombre al que había deseado, y amado, en toda su vida.

Estaba al borde del abismo cuando Lukas paró, se echó hacia atrás y le quitó las braguitas. Calista alargó los brazos hacia él, desesperada por volver a tenerlo cerca, pero Lukas tenía otra idea. Le separó las piernas y se colocó entre ellas, luego, bajó la cabeza.

–Lukas…

En cuanto su lengua la tocó, Calista no pudo decir nada más.

–¿Te gusta? –le preguntó él, sonriendo con picardía.

La respuesta de Calista consistió en agarrarle la cabeza para que continuase.

–Supongo que eso es un «sí».

Y volvió a acariciarla en el lugar adecuado una y otra vez hasta que Calista sintió que empezaba a caer. Caía por un precipicio que no estaba allí. Hacia un lugar que no existía.

Lukas cambió de posición y miró a Calista, que estaba tumbada boca arriba, saciada, recuperándose todavía. Se sintió orgulloso. Era él quien la había dejado así. Estaba preciosa, con los ojos cerrados, la piel cremosa, despeinada. No entendía cómo podía desearla tanto.

Se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en los labios, vio cómo abría lentamente los ojos y se tumbó a su lado y la abrazó para acercarla a su pecho. El brillo de sus ojos le quitó el aliento.

La colocó donde quería tenerla, no, más bien donde necesitaba tenerla, para hacer lo que necesitaba hacer, penetrarla y oír su gemido de placer.

Poco después se rompían los dos por dentro y gritaban el uno el nombre del otro.

Capítulo 9

NADA más vislumbrar a lo lejos la isla de Thalassa, Calista se puso nerviosa. Estaba deseando ver a Effie. Solo habían estado separadas veinticuatro horas, pero la había echado mucho de menos. Además, Thalassa siempre había ocupado un lugar especial en su corazón.

Dos semanas antes, cuando había ido al entierro de su padre, se había prometido a sí misma que no regresaría jamás, pero las cosas habían cambiado. Todo había cambiado.

Había aparecido Lukas.

La noche anterior había sido increíble. Mucho más intensa y apasionada de lo que jamás se habría podido imaginar. Había sido como si no hubiesen estado separados nunca.

Y esa mañana, al despertar, Lukas había estado a su lado, mirándola, con sus ojos oscuros muy serios. Entonces le había dado un beso y le había dicho que tenían que levantarse.

Pero a Calista le había dado tiempo a ver aquella mirada cerrada, inescrutable, y se había dado cuenta de que se había entregado completamente a él, no solo le había entregado su cuerpo, sino también su corazón y su alma, sus emociones. Emociones que sabía que Lukas jamás compartiría con ella.

Habían desayunado en una pequeña cafetería y allí Lukas le había contado que tenía un negocio que atender en Atenas y que tendría que quedarse varios días más, le había propuesto que se quedase a hacerle compañía.

A ella le había costado un esfuerzo sobrehumano declinar la invitación. Tenía que volver con Effie. No quería estar sin ella otra noche más a pesar de saber que su hija estaría pasándoselo muy bien con Dorcas y Petros. Además, sabía que ya se había entregado demasiado a aquel hombre.

Así que Lukas le había organizado la vuelta a Thalassa en uno de sus barcos, manejado por dos dioses griegos, Nico y Tavi, que se paseaban por él exhibiéndose mucho más de lo que a Calista le parecía necesario. Aunque no le importó. Debían de tener la misma edad que ella, pero a Calista le parecieron dos niños. No podían compararse con Lukas. No obstante, disfrutó de sus

atenciones, se sintió joven y sexy. Sintió que podía hacer cualquier cosa.

–¡Señorita Gianopoulous, mire! –la llamó Nico–. ¡Delfines! Y vienen hacia aquí.

Calista miró hacia donde Nico señalaba y vio un grupo de delfines que nadaba hacia ellos. De repente, estaban al lado del barco, saltando y haciendo piruetas a su lado. Ella sintió, emocionada, que la acompañaban a casa.

Contuvo las lágrimas y se dijo que era una tonta. Thalassa no era su casa. Jamás lo sería. No debía olvidar aquello. La noche anterior había sido maravillosa, pero, en lo relativo a su futuro, no había cambiado nada entre Lukas y ella.

¿Qué era lo que él había dicho? Que hicieran una tregua. Nada más.

Una vez de vuelta en Villa Helene, Calista comprobó que, tal y como había sospechado, Effie se lo había pasado estupendamente con Dorcas y Petros. Se alegró mucho de ver a su madre, por supuesto, pero lo primero que hizo fue preguntar por Lukas.

–¿Cuándo va a volver papá?

Estaban comiendo fuera, a la sombra de las viñas, compartiendo la deliciosa comida que había preparado Dorcas incluso con Nico y Tavi. Todo el mundo hablaba y se reía, pero era evidente que Effie echaba de menos a su padre.

–Ya te lo he dicho, cariño, volverá en un par de días.

–¿Cuántos días?

–No lo sé exactamente. Tal vez una semana.

Effie hizo un puchero.

–¿Echas de menos a tu *baba*? –le preguntó Nico–. Te voy a decir una cosa, Tavi y yo te vamos a llevar en barco para que veas los delfines. ¿Te apetece?

Effie asintió.

–Pues ya está decidido. Vamos a estar aquí un par de días más. Vamos a pasarlo bien.

Nico miró a Calista con complicidad, pero, una vez en tierra firme, a ella aquellos gestos le parecieron fuera de lugar. No quería que nadie se equivocase.

Ya en Inglaterra había rechazado siempre todos los avances de sus compañeros de estudios, dejándoles claro que no estaba interesada porque tenía responsabilidades. No obstante, en realidad tenía otro motivo. En el fondo, nunca le había interesado

ningún otro hombre que no fuese Lukas Kalanos.

Lo que no significaba que no pudiese disfrutar de un par de días sin Lukas en Thalassa.

Después de la euforia de la noche anterior, Calista sabía que había llegado el momento de volver a poner los pies en la tierra. Así que, si Nico y Tavi querían entretenerlas durante un par de días, ¿por qué no lo iba a aprovechar?

–¿Cuántos días faltan?

Calista levantó la vista del teléfono. Había estado buscando ofertas de empleo para enfermeras por Internet, ya que sabía que necesitaría un trabajo a partir de septiembre.

–¿Cuántos días faltan para qué, cariño? –preguntó, a pesar de conocer la respuesta demasiado bien.

–Para que vuelva papá –añadió la niña con impaciencia.

–No estoy segura.

Calista volvió a mirar su teléfono. Llevaba nueve días sin tener noticias de Lukas. Tiró el teléfono al sofá que tenía al lado.

–De todos modos, lo estamos pasando muy bien sin él, ¿no? –comentó, sabiendo que no sonaba nada convincente.

–Supongo, pero sería mejor si estuviese papá.

Calista tomó aire. Aunque intentase disimular delante de Effie, lo cierto era que cada vez estaba más enfadada. Lukas le había dicho que estaría en Atenas dos o tres días porque tenía que trabajar. No era posible que las hubiese abandonado así, sin decirle cuándo iba a regresar. Al fin y al cabo, había sido él quien había insistido en que fuesen a Thalassa.

Ella pensaba que lo mejor sería hacer la maleta y marcharse con Effie a Londres, pero, por algún motivo, no era capaz. Le bastaba con mirar a su hija, que estaba deseando volver a encontrarse con su papá, para cambiar de opinión. No podía castigar a su hija solo porque ella tuviese el corazón roto.

Porque aquella era la realidad. Sentía que tenía el corazón roto. Y lo peor era que la culpa era solo suya. Había pensado que la noche que había pasado con Lukas podía convertirse en algo más, que podía ser el comienzo de una relación importante. Y se odiaba a sí misma, y a su estúpido corazón, por haber sido tan ingenua y tan tonta.

Porque había sabido desde el principio que el nuevo Lukas era frío, despiadado y calculador. Y ella había caído rendida a sus pies.

En esos momentos se daba cuenta de cómo la había manipulado para que cayese en sus redes y se entregase a él. Y Lukas, con su silencio, le estaba demostrando quién mandaba allí.

Calista se dijo que no podía remediar lo ya ocurrido, pero al menos podía cambiar de actitud en un futuro. Para empezar, no iba a contactar con él.

De hecho, se arrepentía del mensaje que le había enviado desde el barco, de camino a Thalassa, para darle las gracias por una noche maravillosa. Le había dado las gracias y le había mandado besos, y un emoticono con una carita sonriente. Se le encogió el estómago solo de pensarlo.

Pero tenía que dejar todo aquello atrás y mirar al frente. Necesitaba ser fuerte, olvidarse de finales felices y comportarse como la adulta sensata que siempre había sido, antes de reencontrar a Lukas. No iba a huir. Iba a enfrentarse a él cuando por fin volviese e iba a hacer todo lo posible por convencerlo de que lo que había ocurrido entre ambos no significaba nada para ella. Porque era evidente que no significaba nada para él.

–Es hora de irse a la cama, cariño –le dijo a Effie, dándole un abrazo.

–Todavía no… –protestó la pequeña al tiempo que bostezaba, cansada después de haber pasado otro día en la playa–. Espero que papá vuelva mañana. Quiero enseñarle mi colección de conchas.

–Sí, seguro que le va a encantar. Aunque ya sabes que papá está muy ocupado. Tiene mucho trabajo.

–Ya lo sé… me lo ha dicho –respondió Effie con otro bostezo–. Está comprando muchos barcos grandes. Barcos grandes que cruzan los océanos llenos de cosas de otras personas.

Aquella era la primera noticia que tenía Calista. Al parecer, Lukas quería volver a levantar el emporio familiar, y esa debía de ser su prioridad.

–¿Te ha contado algo más? –preguntó ella con toda naturalidad, presa de la curiosidad.

–Sí, pero es un secreto –admitió Effie, mirándola a los ojos.

–Ah, en ese caso, será mejor que no me lo cuentes –le dijo Calista a la niña, acariciándole el pelo.

No obstante, sabía que guardar secretos no era uno de los puntos fuertes de su hija de cuatro años.

–Te lo diré si me prometes que no se lo cuentas a nadie.

–Prometido.

–Bueno… –empezó Effie, sentándose recta, con los ojos brillantes de la emoción–. ¡Le va a poner mi nombre al próximo

barco que compre!

–¿De verdad?

–Sí, le va a poner Euphemia, que es mi nombre de verdad, no Effie.

–Eso es estupendo.

–Lo sé. Supongo que es difícil comprar un barco grande, y que por eso está tardando tanto.

–Es posible. Ahora, vamos a la cama –respondió Calista, dándole otro abrazo.

Llevó a Effie a su habitación, le puso el pijama y la mandó a lavarse los dientes. Mientras esperaba, se sentó en la cama y vio una pequeña caja de cartón que había encima de la mesita de noche. Era la primera vez que la veía. Abrió la tapa y miró, sorprendida, en su interior.

–¿Qué es esto, Effie? –preguntó en voz alta, para que la niña la oyese desde el cuarto de baño.

Effie apareció en la puerta con el cepillo de dientes en la mano.

–Ah, eso. Es un mechón de pelo de papá.

–¿Y por qué tienes un mechón de pelo de papá?

–Hemos hecho un intercambio. Él se ha cortado un poco de pelo para dármelo a mí y yo le he dado otro poco del mío a él. Me ayudó papá con las tijeras.

Effie volvió al baño a dejar el cepillo.

–¡Ay! –exclamó desde allí–. Se me había olvidado que eso también era un secreto.

–No pasa nada, cariño –le dijo Calista, a pesar de que le temblaban las manos al entender lo que se proponía Lukas.

–No te preocupes, mamá –le dijo Effie, subiéndose a la cama y dándole un beso en la mejilla–. Fue solo un poco de pelo. Tengo mucho más.

–Por supuesto que sí.

Calista le devolvió el beso, la tapó, bajó la persiana y salió de la habitación.

Fue al salón, se sentó en el sofá y abrazó con fuerza un cojín.

Lukas ajustó el micrófono de sus cascos mientras esperaba a que le diesen el visto bueno para despegar. No estaba de humor para que le hiciesen esperar mucho, así que se alegró al ver, pocos segundos después, que tenía permiso para hacer que se elevase el helicóptero.

Habían sido un par de semanas agotadoras, pero por fin volvía

a Thalassa, con planes de futuro claros. Planes que harían que Calista se plegase a sus deseos. Planes que iba a controlar él, con la cabeza y no con su traicionero cuerpo.

La noche que había pasado con ella había quedado muy atrás. Era como si aquel hombre no hubiese sido él, y no lo era.

Era evidente que tendría que tener la guardia bien alta con ella, porque sabía que Calista lo volvía loco y que, además, era adictiva.

Por eso le había pedido que se quedase con él en Atenas, para pasar otra noche con ella, y otra más, pero Calista le había dicho que no. Era probable que hubiese pensado que con una noche había sido suficiente para doblegarlo.

Al día siguiente, había estado reunido cuando lo habían asaltado las dudas. Había estado negociando la compra de un barco más para la flota de G&K Shipping, al que le pondría el nombre de su hija, *Euphemia*.

Entonces había recibido el mensaje de Calista, que le había hecho sonreír. Y se había dicho que la llamaría después, cuando pudiese darle la buena noticia de que Effie ya tenía su barco.

Había conseguido cerrar el trato y entonces, el presidente de la empresa rival, a la que le había comprado el barco, le había preguntado:

–Entonces, ¿es verdad? ¿Vas a intentar recuperar la vieja flota?

Lukas había asentido. No le había sorprendido que Georgios Papadakis lo supiese, ya no era un secreto.

–Sí.

–Admiro tu tenacidad, joven, pero una cosa será comprar los barcos y, otra muy distinta, que los clientes vuelvan a confiar en el apellido Kalanos, después del escándalo en el que os visteis envueltos tu padre y tú.

–Para su información –le había contestado él–, mi padre y yo éramos inocentes. El responsable del contrabando de armas fue Aristotle Gianopoulous, hecho que pronto podré demostrar al mundo entero.

–¿Y cómo pretendes hacer eso?

–Tengo mis métodos. Pronto saldrán a la luz nuevas pruebas.

Era la verdad. Además del testimonio del viejo abogado, aquella misma mañana se había abierto una nueva línea de investigación. Había habido detenciones relacionadas con un cártel de droga sudamericano y la policía había descubierto que este había recibido armas a través de G&K Shipping. Aquel debía de haber sido el último negocio que había hecho Aristotle antes de

morir.

Lukas iba a volar a Bolivia aquella misma tarde para averiguar todo lo que pudiese y tener, por fin, las pruebas necesarias para demostrar la clase de hombre que había sido Aristotle.

–Interesante… –había comentado Papadakis–. ¿Y tu relación con la chica de Gianopoulous también forma parte del plan?

–¡Yo no tengo ninguna relación! –había respondido él.

–¿No? Bueno, eso es lo que había oído. Y admito que me había sorprendido. Aunque supongo que la idea es mantener cerca a tus enemigos. ¿O hay algo más? –le había preguntado el otro hombre–. ¿No habrás sido víctima de sus encantos femeninos?

–¡No!

–No serías el primero, eso es seguro. Y es una chica muy guapa, la verdad, pero yo te recomendaría que tuvieses cuidado y no confiases en nadie de la familia Gianopoulous. Si vas a sacar a la luz lo que hizo su padre, supongo que Calista intentará salvar su propio pellejo, sin importarle a quién se lleve por delante.

–No te preocupes, Papadakis, que ya te he dicho que no hay nada entre Calista y yo.

–Salvo una hija, por supuesto.

A Lukas le había sorprendido que también se supiese aquello.

–¿Euphemia? –había continuado Papadakis–. No hace falta ser un genio para atar cabos. ¿Así que la dinastía Gianopoulous-Kalanos está a punto de renacer de sus cenizas?

–No –había rugido Lukas–. La familia Gianopoulous no tiene nada que ver con esto. Va a ser una dinastía nueva, que llevará solo el apellido Kalanos.

–Pero la niña es nieta de Gianopoulous, ¿no?

–¡Pero es mi hija! –había replicado Lukas, poniéndose en pie–. Lo que significa que es una Kalanos. Y ya está.

–Si tú lo dices… –había respondido el otro hombre, dándole una palmadita en la espalda–. En cualquier caso, yo te recomendaría que lo tuvieses todo legalmente bien atado. Todo. En mi experiencia, mezclar los negocios con el placer puede ser una combinación letal.

Lukas sabía que tenía razón. Que tenía que hacer las cosas bien con respecto a la empresa, y también en lo relativo a Effie.

De repente, no había podido dejar de analizar el reciente cambio de comportamiento de Calista. Sus comentarios acerca de que Effie era nieta de Aristotle, de que había que suavizar el impacto que la verdad tendría sobre la niña. Al parecer, a Calista se le había olvidado que Stavros Kalanos también había sido

abuelo de Effie. ¿Había estado intentando manipularlo para que no hiciese públicas las atrocidades que había cometido su padre? ¿Para que siguiese cargando él con la culpa? ¿Era ese el motivo por el que había pasado aquella noche con él?

Si era así, Calista iba a llevarse una gran decepción. Porque para él, por mucho que la hubiese deseado, solo había sido sexo. Tal vez ella pensase que así podía meterse en su cabeza y apelar a su buena naturaleza, pero lo que no sabía Calista era que él no tenía buena naturaleza después de su paso por la cárcel.

Así que había borrado el mensaje del teléfono en ese mismo momento y había buscado en su bolsillo el pequeño mechón de pelo que Effie le había dado. Si había tenido alguna duda, si en algún momento se había sentido un poco culpable por lo que iba a hacer, ya lo tenía claro.

Después de diez duros días en Bolivia, Lukas había vuelto a Atenas aquella misma mañana, con la información que necesitaba. Antes de volver a Thalassa, había decidido pasar a dar una vuelta por Blue Sky Charters. Estaba a punto de entrar en las oficinas cuando oyó la conversación que estaba teniendo lugar en su interior.

–No tienes ninguna posibilidad con ella. Una chica como Calista Gianopoulous jamás se fijaría en ti.

–¿Eso piensas? Pues yo te digo que el día del barco sí que me miraba.

–¡En tus sueños!

–No subestimes al Tavi encantador, amigo mío. Siempre consigue lo que quiere.

–Yo diría que le gusté más yo, por eso me pidió que le enseñase a hacer nudos marineros.

–En ese caso, vamos a hacer una apuesta, Nico. El primero que consiga un beso de Calista, gana.

En ese momento, Lukas había abierto la puerta con brusquedad. Nico y Tavi se habían puesto en pie de un salto al verlo.

–¡Estáis despedidos! ¡Los dos! ¡Fuera de aquí! –había anunciado él.

En esos momentos, mientras sobrevolaba el azul mar Egeo en su helicóptero y veía a lo lejos la isla de Thalassa, Lukas seguía enfadado. Estaba furioso.

Calista Gianopoulous había demostrado cómo era en realidad y a él se le había caído la venda de los ojos, así que iba a demostrarle la clase de hombre que era él.

Capítulo 10

A CALISTA le dio un vuelco el corazón al oír aterrizar el helicóptero. Lukas había vuelto. Dejó su libro, se puso en pie y apoyó las manos en las caderas, pero según fueron pasando los segundos y no lo vio aparecer, empezó a ir y a venir por la habitación, alisándose la falda del vestido con manos temblorosas.

–*Kalispera* –la saludó Lukas, para después entrar a la cocina a por un vaso de agua–. ¿Dónde está Effie?

–No está aquí –le respondió ella.

–Eso ya lo veo –dijo él, dejando el vaso encima de una mesa–. ¿Dónde está?

–Eso da igual ahora, lo que yo quiero saber es dónde has estado tú.

–¿Me has echado de menos? –inquirió él en tono frío.

–No seas tan engreído. Habría sido todo un detalle decirnos cuándo pretendías volver.

–Yo nunca he sido precisamente detallista.

–No –admitió Calista, mirándolo a los ojos–. Es cierto, no sé cómo se me había olvidado.

Él sonrió, como si estuviese divirtiéndose, jugando con ella.

–Bueno, ya veo que estás encantada de verme. ¿Dónde has dicho que está Effie?

–No te lo he dicho, pero, ya que lo preguntas, está en Villa Melina. Dorcas va a darle la merienda y después Petros la traerá de vuelta.

–Interesante… –respondió él, acercándose más y mirándola fijamente–. Entonces, estamos solos.

–Sí. Mucho mejor así.

–Todavía más interesante. ¿En qué estás pensando, Calista? –le preguntó Lukas, tomando un mechón de pelo rojizo entre sus dedos.

–Te voy a contar en qué estoy pensando –replicó ella, alejándose para que no la pudiese tocar–. Vamos a empezar por hablar de lo que has estado haciendo estas dos últimas semanas.

–Eso no es asunto tuyo, *agape*.

–¿No? ¿Nada de lo que has estado haciendo es asunto mío?

–Eso he dicho.

–En ese caso, eres un mentiroso, Lukas Kalanos.

–¿Qué has dicho?

–Que eres un mentiroso –le repitió ella.

Tenía miedo, pero sabía que ya no había marcha atrás.

–Si yo fuese tú, retiraría eso, Calista. Te estás metiendo en aguas pantanosas.

–No, no voy a retirarlo.

–Entonces, voy a tener que dejarte varias cosas claras –contestó él–. No puedo creerme que tú, precisamente tú, me llames mentiroso. Tú, que no me contaste que había tenido una hija.

–Eso es diferente. No se puede comparar.

–Mentiste por omisión, Calista. Y eso es tan malo como mentirme a la cara. O peor. Es todavía más cobarde, así que no te molestes en intentar defenderte.

–No tengo ningún interés en defenderme.

–Hablando de mentirosos, ¿y tu padre?

–¡Esto no tiene nada que ver con mi padre ni conmigo! –le espetó ella, furiosa–. Estamos hablando de ti, que te has llevado un mechón de pelo de Effie para hacerle una prueba de ADN.

Lukas se quedó en silencio.

–Lo sé, así que no te molestes en negarlo –continuó Calista.

–Es cierto, he pedido una prueba de ADN para establecer la paternidad de mi hija –admitió Lukas, encogiéndose de hombros con indiferencia.

–Has mentido por omisión –replicó ella, utilizando su misma expresión.

–Que haya hecho lo necesario para establecer una base legal en la relación con mi propia hija no tiene comparación con las atrocidades que tu familia hizo conmigo.

–¿Una base legal? –inquirió Calista–. ¿Qué significa eso exactamente? No estabas seguro de que fuese tuya, ¿verdad?

–Todo lo contrario. Nunca he tenido la menor duda.

El pánico hizo que a Calista le temblasen las piernas.

–¿Entonces? ¿Para qué querías una prueba de ADN?

Lukas esbozó una sonrisa.

–Eres una chica lista, Calista. Estoy seguro de que ya sabes la respuesta. No obstante, si quieres que te la dé yo, te diré que para tener el control legal sobre mi hija, tengo que ser capaz de demostrar la paternidad. Para empezar, necesito que mi nombre aparezca en su partida de nacimiento.

Calista deseó decirle que no había podido pedirle que fuese con

ella al registro, pero pensó que aquello solo podía empeorar las cosas, así que preguntó:

–¿Y para continuar?

–¿Para continuar? –repitió él, quedándose pensativo–. Bueno, te lo voy a contar. Después voy a pedir la custodia de mi hija.

–¡No! –gritó ella, horrorizada, lanzándose contra Lukas con los puños cerrados–. ¡Jamás!

Lukas no hizo nada para detenerla y eso la enfadó todavía más. Calista levantó una mano para golpearlo, pero él la agarró por la muñeca.

–No voy a permitir que me vuelvas a dar una bofetada.

–¡Suéltame! ¡Déjame! –gritó ella, intentando zafarse, pero Lukas siguió sujetándola.

Luego la acercó más a él y la soltó, pero para agarrarla por los brazos. Inclinó la cabeza y le susurró al oído:

–Te dejaré marchar cuando haya terminado.

Calista se quedó rígida, con el corazón a punto de salírsele del pecho. Y entonces volvió a sentirlo. «Deseo». Aunque aquella palabra no definía exactamente lo que había entre Lukas y ella. Era más bien ansia, hambre, anhelo, una obsesión que la desconcertaba y la debilitaba y que, al mismo tiempo, daba todo el poder a Lukas.

Lukas era mucho más alto que ella, la dominaba. La dominaba, pero en cuerpo y alma.

Estaba enamorada de él.

Y en aquellos momentos eso le parecía una terrible crueldad del destino.

Lukas aflojó las manos e inclinó la cabeza para mirarla, le apartó un mechón de pelo y, al hacerlo, le rozó la mejilla. Calista cerró los ojos. Sintió que él se acercaba más, que su aliento le acariciaba los labios y ella los separó ligeramente.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlarse y empujar a Lukas.

–Tal vez pienses que tienes todo el poder, Lukas, tienes dinero y contactos para hacerte con la custodia de Effie, pero estás equivocado. Jamás permitiré que me quites a mi hija. Jamás.

Se le quebró la voz del dolor, de la tristeza y de la ira.

–Antes prefiero estar muerta que sin mi hija.

Luego retrocedió varios pasos mientras lo fulminaba con la mirada a pesar de que, en realidad, nunca se había sentido tan asustada, tan vulnerable.

–¿No estamos siendo un poco melodramáticos?

Lukas se acercó y apoyó una mano en su hombro, pero ella se dio la vuelta y salió de la habitación. Oyó que Lukas la seguía por el pasillo, pero hizo caso omiso. Una vez en el dormitorio, empezó a vaciar cajones y armarios, y lo tiró todo encima de la cama mientras él la observaba desde la puerta. Luego tomó una maleta, la abrió y empezó a llenarla.

–¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

–Eres un chico listo, Lukas, estoy segura de que ya sabes la respuesta –le contestó, repitiendo sus palabras, antes de meterse en el cuarto de baño a recoger sus cosas–. Es obvio. Me marcho.

–¿Te marchas? –le preguntó él, acercándose–. ¿O huyes?

–Llámalo como quieras.

Calista entró en la habitación de al lado, la habitación de Effie, y empezó a recoger también sus pertenencias. No podía detenerse a pensar, con Lukas tan cerca. Metió la ropa de la niña en su pequeña maleta y después miró a su alrededor, vio la colección de conchas, la muñeca que Dorcas y Petros le habían regalado, el barquito que Effie adoraba, regalo de su padre. Tomó la muñeca y dejó el barco.

–Y, por si te cupiese la menor duda, Effie viene conmigo.

No sabía lo que iba a hacer después, solo que tenía que salir de allí antes de que el dolor y la tristeza le impidiesen moverse.

–Huir no soluciona nada, Calista. Pensé que a estas alturas ya habrías aprendido eso.

–Todo lo contrario.

Pasó por su lado y salió de la habitación, con la maleta de Effie en una mano y la muñeca en la otra. De vuelta en el dormitorio, echó la muñeca en su maleta e intentó cerrar la cremallera, tarea difícil porque no había doblado la ropa.

–En estos momentos lo más importante es estar lejos de ti, tanto Effie como yo.

–¿Y por qué estás tan desesperada por alejarte de mí?

–Porque eres un matón mentiroso y malintencionado. Porque has estado planeando quitarme a mi hija. Porque…

Se calló cuando Lukas la agarró por la barbilla para que lo mirase a los ojos. Ella sintió calor, sintió que su cuerpo se ponía todavía más tenso.

–¿Por qué más, Calista, dímelo?

–Porque… ¡porque te odio! –respondió ella, presa de la emoción.

Entonces respiró hondo. Pensó que lo mejor que podía hacer era cruzar la delgada línea que separaba dos emociones tan

extremas.

–Esas son palabras mayores, *agape*.

Lukas pasó un dedo por sus labios, como para acallarla, y después inclinó la cabeza para acercar sus labios peligrosamente a los de ella. Calista estaba a punto de caer en la tentación cuando…

–¡Hola!

La voz de su hija hizo que Calista despertase y saliese corriendo de la habitación. Lukas se quedó mirándola con exasperación, deseo, ira e impotencia, sentimientos que, al parecer, formaban parte de su relación con Calista. Si es que a aquello se le podía llamar relación.

–¡Hola, cariño! ¿Lo has pasado bien?

Oyó que Calista le preguntaba a la niña.

–¿Ha vuelto papá? –preguntó Effie–. El helicóptero está afuera.

–Sí, pero el caso es que…

–*Yassou*, Effie –dijo Lukas, entrando en el salón.

La niña corrió hacia él, que alargó los brazos para levantarla en volandas.

–¡Sí! ¡Has vuelto! –gritó la pequeña, abrazándolo por el cuello–. ¿Por qué has tardado tanto?

–Tenía mucho trabajo.

–¿Has comprado mi barco?

–Sí.

–Bien. ¿Cuándo puedo verlo?

–Bueno, la verdad es que… –empezó Calista de nuevo.

–Muy pronto.

–No va a poder ser tan pronto –añadió Calista, acercándose para tomar a Effie de brazos de Lukas–. Porque ha habido un cambio de planes, Effie. Vamos a volver a Inglaterra.

–Oh… –dijo la niña con decepción–. ¿Por qué?

–Porque tenemos que volver a casa.

–¿Por qué? A mí me gusta estar aquí.

–Lo sé, pero las vacaciones no duran eternamente.

Effie hizo un puchero.

–¿Y va a venir papá con nosotras?

–No.

Los grandes ojos verdes de Effie lo miraron y él sintió que se le encogía el corazón.

–¿Por qué no?

–Porque, como bien sabes, papá vive aquí –le respondió Calista

a su hija en tono paciente–. Ya están las maletas hechas, así que si Petros nos lleva hasta el puerto…

–Yo creo que papá no quiere que nos marchemos, ¿verdad, papá?

Dos pares de ojos verdes lo miraron.

–Tienes que hacer lo que dice tu madre –respondió él.

Vio sorpresa en los ojos de Calista, y la oyó respirar aliviada.

Él tuvo que hacer un esfuerzo, pero supo que aquello era lo correcto. Lo más inteligente. No tenía intención de pelearse con Calista en ese momento, delante de Effie. Si Calista quería hacer las maletas y marcharse, no intentaría detenerla. Podría esperar… un poco más. Además, aquel era el tipo de comportamiento que le haría ganar la custodia de la niña. Porque la iba a ganar.

Sí, pronto tendría él todas las cartas y a Calista de rodillas rogándole. La mera idea le excitaba. Entonces, tendría a Calista donde quería, en su cama.

–Ven, pequeña –le dijo a Effie al ver que le temblaba el labio inferior–. No te pongas triste. Nos veremos muy pronto.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo. Ahora tienes que marcharte con tu madre, pero enseguida volveremos a estar juntos.

La dejó en el suelo y le dio una palmadita en la espalda para que fuese hasta donde estaba Calista. Esta lo miró con miedo, como un animal acorralado que protegía a su cría.

–¿Quieres que os lleve con el helicóptero? –le preguntó él.

–No, gracias –respondió ella–. Podré arreglármelas sola.

–Como quieras –dijo él, girándose hacia Petros, que estaba en la puerta, esperando instrucciones, con gesto de preocupación–. Petros, por favor, asegúrate de que hay barco disponible para llevarlas.

–Sí, señor.

–Vamos, Effie –dijo Calista, dirigiéndose hacia la puerta–. Ah, las maletas…

–Yo lo haré –dijo Lukas, volviendo al dormitorio de Calista, donde tomó las dos maletas.

Luego las sacó a la calle y las metió en el maletero del coche. Esperó a que Calista le abrochase el cinturón de seguridad a Effie y se inclinó a darle un beso a la niña.

–Hasta muy pronto, *paidi mou*.

Effie asintió, estaba a punto de echarse a llorar. Lukas se puso recto y miró a su madre.

–Calista –dijo a modo de despedida.

–Adiós, Lukas –respondió ella, orgullosa, desafiante.

–Hasta pronto. Me pondré en contacto contigo para que nos pongamos de acuerdo.

–Vas a perder el tiempo –replicó Calista–. Effie es mi hija y va a quedarse conmigo.

Y luego fue hacia la puerta del copiloto.

–En ese caso, será mejor que te busques un buen abogado, Calista, porque lo vas a necesitar.

Ella lo fulminó con la mirada y se subió al coche, se abrochó el cinturón de seguridad y alargó la mano hacia atrás, para tomar la de Effie.

–Solo para que lo sepas, pronto haré pública la información acerca de tu padre. Por si quieres mencionárselo a tu abogado también.

Dicho aquello, cerró la puerta y dio un golpe en el techo del coche, para que Petros supiese que podía arrancar.

Luego se quedó con los brazos en jarras hasta que el coche desapareció por el camino dejando tras de sí una nube de polvo.

Él volvió a la casa y cerró la puerta. Miró a su alrededor y pensó que nunca se había sentido más solo en toda su vida.

Capítulo 11

PÓNTELO, mamá –le dijo Effie, señalando el birrete que descansaba en el regazo de Calista.

Iban de camino a su ceremonia de graduación en la universidad, cosa que le apetecía mucho más a su hija que a ella. Calista dudó.

–Venga, mamá –insistió Effie–. Para que todo el mundo vea que hoy es tu día especial.

–De acuerdo –respondió ella, sonriendo y poniéndose el tonto sombrero en la cabeza–. Así. ¿Ya estás contenta?

Effie asintió y giró la cabeza para mirar por la ventanilla del taxi otra vez. Calista estudió su perfil. Lo más importante del mundo era que Effie estuviese feliz y se le rompía el corazón al pensar en lo callada que había estado en las últimas semanas. Se habría puesto un disfraz de payaso para la ceremonia de graduación si eso hubiese animado a su hija, pero sabía que solo había una cosa capaz de alegrarla: volver a estar con su padre.

Hacía tres semanas que habían vuelto a Londres, al principio Effie no había dejado de preguntar cuándo iba a volver a ver a su padre y, después, parecía haber aceptado con tristeza la realidad. Lo que solo había hecho que Calista se sintiese todavía peor.

No obstante, había intentado adoptar una actitud alegre y positiva, había decidido que iba a compensar la ausencia de Lukas. Habían ido al zoo y al parque, habían hecho picnics y habían comido helados. Había permitido que Effie se acostase un poco más tarde y que pasase más tiempo acurrucada con ella en el sofá, aunque lo cierto era que esto último se lo había permitido más bien porque le gustaba a ella. Porque cualquier cosa era mejor que la soledad… que quedarse sola y pensar en que su vida era un desastre.

Había estado esperando que saliese a la luz la noticia de que su padre había sido un ser horrible, o que le llegase una carta del abogado de Lukas pidiendo la custodia de Effie. O ambas cosas. Se levantaba con miedo todas las mañanas, pero después no pasaba nada. No había tenido noticias de Lukas, pero, en vez de sentirse aliviada, se sentía dolida. Era una tortura.

Un brusco frenazo hizo que volviese a la realidad, seguido por un golpe que las echó a ambas hacia delante a pesar de que llevaban puesto el cinturón de seguridad.

–¿Qué ha pasado, mamá?

–No estoy segura, cariño –respondió ella, mirando a su hija con nerviosismo–. ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien –respondió Effie, mirando por la ventanilla–, pero creo que hay un hombre muerto.

Calista siguió su mirada y vio a un hombre joven que yacía en la calle. Se desabrochó el cinturón de seguridad rápidamente, pensando que, al fin y al cabo, era enfermera y podía ocuparse de aquello.

–Seguro que no está muerto. Tú quédate aquí. Voy a ver si puedo ayudarlo.

Effie asintió, obediente, y Calista salió del taxi y fue hasta el hombre, que estaba inconsciente. Todavía llevaba puesto el casco y tenía la cabeza girada hacia el otro lado. Tenía una herida en la pierna y estaba sangrando. A poca distancia de él estaba tirada su motocicleta. Calista se arrodilló a su lado y le buscó el pulso en el cuello. Estaba muy débil.

–¡No lo he visto! –gritó el taxista asustado–. Ha salido de repente, no sé de dónde.

–¡Llame a una ambulancia! –le ordenó Calista.

Un pequeño grupo de viandantes había empezado a arremolinarse a su alrededor.

–¿Alguien sabe hacer primeros auxilios? –preguntó ella.

Nadie respondió.

–Tú –dijo Calista, señalando a un joven que parecía inteligente–. Ven a ayudarme.

Él se acercó.

–¿Es usted médico, señorita?

Calista se puso muy recta, consciente de que su aspecto debía de ser un tanto extraño, vestida con la toga y el birrete.

–Soy enfermera –respondió, quitándose el birrete y la toga y dando esta al joven–. Rásgala, tenemos que hacer un torniquete para parar la hemorragia.

Volvió a inclinarse sobre el hombre y vio que se le iban los ojos hacia atrás. Pensó que no podía dejarlo morir. No podía.

Tomó el trozo de tela que el joven le tendía y lo ató con firmeza al muslo del herido. Después le desabrochó la cazadora de cuero y empezó a hacerle un masaje cardiaco.

Siguió así durante varios minutos, negándose a parar por

mucho que le doliesen los brazos. Oyó a lo lejos la sirena de la ambulancia, que se acercaba, y se dijo que iba a mantener a aquel hombre con vida.

Lukas llamó de nuevo al timbre de casa de Calista, molesto. O ella no quería abrirle, o había salido. O, todavía peor, se había marchado de allí con Effie.

Tenía que haberla avisado de que iba a ir, aquello habría sido lo más sensato, pero cuando se trataba de Calista no era capaz de pensar con claridad. Además, había querido darle una sorpresa a Effie. Y a su madre también…

Había estado las semanas anteriores en Atenas, trabajando mucho, todo lo posible, para conseguir alcanzar su meta. Y lo había conseguido. Kalanos Shipping volvía a estar a flote. Y con respecto a Blue Sky Charters, después de haber despedido a Nico y a Tavi el resto de los empleados se había puesto a trabajar para impedir que les ocurriese lo mismo.

Por otro lado, Lukas había pedido a sus abogados que iniciasen los procedimientos necesarios para conseguir la custodia de su hija y había recabado más información acerca de Aristotle Gianopoulous.

Tenía que haberse sentido satisfecho con todo lo que había conseguido, pero en realidad se sentía muy tenso, tenía la sensación de haberse portado muy mal con Calista desde el principio.

Y, por supuesto, echaba de menos a Effie. Villa Helene estaba muy vacía sin ella y su esperanza de sentirse mejor en el apartamento de Atenas tampoco había resultado. Más bien al contrario.

Se había sentido cada día peor, más irritable e irracional. Y la idea de salir por la noche a divertirse le había parecido tan repulsiva que se había preguntado si no estaría enfermo.

Pero no, no estaba enfermo. Sabía muy bien cuál era la fuente de su malestar. Calista Gianopoulous, que le había calado hondo, había hecho que se lo cuestionase todo: sus motivos, su moralidad. Tenía la certeza de que necesitaba tenerla en su vida. De manera permanente.

Y no solo en su cama por las noches. A pesar de que no podía dejar de pensar en su cuerpo desnudo, en su olor. No podía sacársela de la cabeza.

Por ese motivo, la noche anterior se había rendido y había

tomado la decisión de ir a Londres y resolver aquel embrollo de una vez por todas. Aunque no tuviese ni idea de cómo iba a hacerlo.

Pero antes tenía que encontrarla.

La puerta se abrió y apareció Magda.

–Estoy buscando a Calista. ¿Está en casa? ¿Está aquí mi hija?

–No. Se han marchado.

–¿Se han marchado? –repitió él con el corazón acelerado, pensando que iba a buscarlas y a hacer lo que fuese necesario para recuperarlas.

–Sí, a nuestra ceremonia de graduación.

Magda levantó el brazo, en el que llevaba la toga, y señaló el taxi que estaba esperando en la calle.

–Ahí está mi taxi. Calista se ha marchado antes porque quería…

–Da igual el motivo –la interrumpió él.

Acompañó a Magda hasta el taxi y se subió con ella en la parte trasera.

–Vaya a donde ella le diga. Y rápido.

Pero cuando llevaban diez minutos circulando se vieron metidos en un atasco.

–Ha habido un accidente, amigo –comentó el taxista–. Es posible que lleguéis más rápidamente andando.

Lukas juró en silencio, pagó la carrera, agarró a Magda de la mano y tiró de ella.

–¿Conoces el camino? –le preguntó, ya en la acera.

–Debería –respondió ella–. He estudiado allí tres años.

–Pues vamos.

–¿Cómo está, doctor Lorton? –preguntó Calista al médico de urgencias.

–Fuera de peligro –respondió él, apoyando un brazo sobre sus hombros–. Ha hecho un trabajo excelente, enfermera Gianopoulous.

–¿Y la pierna?

–Vamos a operarlo, parece que podremos salvarla.

–Menos mal.

–En serio, Calista, le has salvado la vida a ese hombre. Tu mamá… –se inclinó para hablarle a Effie, que estaba entretenida coloreando– ¡es toda una heroína!

Effie le sonrió.

–Es una pena que te hayas perdido la ceremonia de graduación –le dijo el doctor Lorton a Calista.

–No pasa nada. Al menos la toga ha servido para algo.

–Y esto ha sido mucho más emocionante –añadió Effie–. He podido montar en ambulancia y todo.

–¡Eso me han dicho!

Calista levantó a su hija del suelo y la abrazó. Esperaba que la experiencia no hubiese sido demasiado traumática para ella.

La ambulancia que había acudido al lugar del accidente había ido directa al hospital en el que ella había realizado las prácticas y Calista conocía a sus ocupantes. Estos le habían sugerido que los acompañase hasta el hospital y ella había aceptado. De todos modos, no habría podido ir a la ceremonia de graduación con aquel aspecto, con la ropa toda arrugada y manchada de sangre. Además, con todo el lío se había dejado el bolso en el taxi, lo que significaba que no tenía ni monedero, ni teléfono ni llaves de casa.

Había llamado a la empresa de taxis, donde le habían prometido llevarle el bolso al hospital, pero mientras tanto se había dado una ducha y se había puesto la ropa que había dejado en su taquilla mientras varias compañeras cuidaban de Effie.

–Creo que, cuando crezca, voy a ser enfermera –dijo la niña, volviendo a ponerse a colorear–. O dueña de una naviera.

–¡Qué bien! –comentó el doctor Lorton.

Calista intentó sonreír también, pero no pudo.

–Como mi papá.

Lukas estaba empezando a perder la paciencia. Tuvo la sensación de que llevaba horas sentado en aquel salón de actos, viendo desfilar a estudiantes que recogían sus diplomas. Y todavía no había visto a Calista. En aquel momento vio que Magda subía al estrado y pensó que aquella debía de ser la clase de Calista, pero ¿dónde estaba ella?

–¡Calista Gianopoulous!

Oyó retumbar el nombre en el salón, pero solo hubo silencio, seguido de murmullos, y después pasaron al siguiente estudiante.

Lukas se puso en pie y miró a su alrededor, ni rastro de Calista. Fue hacia las escaleras del estrado y esperó a que bajase Magda.

–¿Dónde está? –le preguntó.

–¡No lo sé! –admitió ella preocupada–. Salió de casa con Effie antes que yo… Le he enviado varios mensajes… pero nada.

–Pues inténtalo otra vez –le pidió Lukas, sin contarle que él

también le había dejado varios mensajes y no había obtenido respuesta.

Magda buscó su teléfono y miró la pantalla.

–Tengo un mensaje, pero no es de Calista.

Lukas frunció el ceño.

–Ah, sí que es ella, pero ha utilizado el teléfono de otra persona –añadió Magda entonces–. Ha habido un accidente… Effie y ella están en el hospital.

–¿Qué hospital? –inquirió Lukas, presa del pánico.

–A ver… St. George, pero dice que no me preocupe, que las dos están…

Antes de que a Magda le hubiese dado tiempo a terminar la frase, Lukas se había marchado corriendo hacia la calle.

–¿Cuánto tiempo vamos a tener que quedarnos aquí?

–No mucho. En cuanto me traigan mi bolso podremos marcharnos. Aléjate de las puertas.

Effie estaba cansada y se entretenía con las puertas automáticas que daban a la calle. Calista tiró la revista que tenía en las manos encima de una mesa y bostezó. Lo único que quería era irse a casa.

–¡Está aquí! –exclamó Effie, dando saltos.

–Está bien, cálmate.

Un taxi acababa de detenerse delante de la puerta.

–Mira, mira. ¡Es papá! ¡Está aquí!

Calista se sintió aturdida. ¿Lukas? No podía ser. Pero lo vio entrar en el hospital e ir en su dirección.

Como a cámara lenta, Calista vio cómo tomaba a Effie en brazos, la miraba de arriba abajo y sonreía antes de darle un beso en la frente. Luego se giró y puso toda su atención en ella.

Calista tragó saliva y se le aceleró el corazón.

Lukas lo era todo para ella y cuanto más intentaba olvidarlo, más lo necesitaba. Era como un pez atrapado en una red, intentando escapar, que, cuanto más se debatía, más se enredaba en ella.

–Calista. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

Ella se levantó y deseó gritarle que no, que no estaba bien. Que se sentía fatal por su culpa. Que estaba destrozada porque lo quería. Y que jamás se recuperaría.

Pero no podía decirle nada de aquello, así que se puso recta y tomó aire.

–Sí, estoy bien.

–¿Y Effie?

–También. Las dos estamos bien.

–Entonces, ¿qué estáis haciendo aquí?

–Lo mismo podría preguntarte yo a ti.

–Por favor, Calista. Dime qué ha pasado, según Magda, ha habido un accidente.

–De un señor en moto –intervino Effie–. Mamá le ha salvado la vida.

–¿Pero a vosotras no os ha pasado nada?

Calista negó con la cabeza.

–¡Gracias a Dios! –exclamó Lukas aliviado.

–Íbamos en el taxi que lo ha golpeado, nada más. ¿Dices que has visto a Magda? –preguntó Calista con el ceño fruncido, intentando comprender.

–Sí, en la ceremonia de graduación.

–¿Has estado en la ceremonia de graduación de Magda? –preguntó ella, sin entender nada.

–No… bueno, sí.

–¿Y qué hacías allí?

–Buscarte a ti, por supuesto.

–Ah… ¿Y puedo preguntarte el motivo? –añadió con cautela.

Se hizo un silencio. Las voces de las personas que los rodeaban se redujeron a un murmullo. Lukas la miró fijamente. Por primera vez, Calista vio vulnerabilidad en sus ojos oscuros. Se preguntó si tendría algún conflicto interno.

Sin dejar de mirarla, sacó la carpeta de cuero que llevaba debajo del brazo y la dejó en un asiento cercano.

–He venido a hacer esto.

La abrazó contra su cuerpo.

–Y esto.

Y la besó apasionadamente.

Calista se rindió, sintió que se derretía contra él.

Casi ni oyó los aplausos y silbidos. Y a Effie comentando:

–Ay, qué asco.

Capítulo 12

YA ESTÁ dormida –comentó Calista, saliendo del dormitorio de Effie y aceptando la copa de champán que Lukas le ofrecía antes de sentarse en el sofá–. Estaba agotada.

–No me sorprende –dijo Magda, sentándose a su lado–. ¡Vaya día!

Calista se echó a reír. Effie les había contado todo lo ocurrido a Magda y a Lukas, y después al chico que había ido a llevarles un ramo de flores de parte de la familia del muchacho herido.

–Qué rico –dijo Magda, dando un sorbo a su copa–. Muchas gracias, Lukas.

Y lo miró con una mezcla de curiosidad y admiración.

–Ha sido un placer.

Calista siguió la mirada de su amiga. Lukas estaba de espaldas a la ventana y su presencia dominaba toda la habitación a pesar de que se suponía que estaban en *su* territorio. Intentó mirarlo con desinterés, pero no pudo. Tenía el corazón acelerado, como siempre.

Lukas iba vestido con unos pantalones de traje grises oscuros y una camisa de rayas grises y blancas remangada. Era la personificación del hombre de negocios multimillonario relajado. Le había crecido el pelo desde el día en que se habían encontrado frente a la tumba de su padre. Ya no lo llevaba tan corto y los rizos oscuros le tapaban la base de la nuca y le caían sobre la frente.

Era lo único que había cambiado en él. Seguía teniendo un aire de austera autoridad.

–Me gustaría proponer un brindis –anunció.

–Buena idea –respondió Magda, levantando su copa.

–Por las dos nuevas enfermeras. Porque ambas tengáis una carrera larga y exitosa.

–Brindo por ello –dijo Magda sonriendo.

–Y, por supuesto, por Calista.

–¡Sí! ¡Callie! ¡Nuestra heroína!

Volvieron a brindar y Magda dio un abrazo a Calista, pero, al apartarse de ella, vio cómo su amiga y Lukas se miraban.

–Creo que me voy a ir a la cama –comentó Magda.

–No, no te vayas –dijo Calista con nerviosismo.

–La verdad, Magda –intervino Lukas–, es que quería pedirte un favor. ¿Podrías quedarte con Effie esta noche, para que pueda llevar a cenar a Calista?

–Por supuesto. Encantada.

–No, Magda –insistió Calista–. Seguro que tenías planes para esta noche.

–No, no tengo planes, salvo acabarme esa botella de champán. Salid vosotros. Y no tengáis prisa por volver.

Calista la fulminó con la mirada. ¿No se daba cuenta de que no quería estar a solas con Lukas?

–Perfecto –dijo Lukas, dejando su copa encima de la mesa y tomando su chaqueta–. Tengo que hacer un par de cosas antes, así que te recogeré dentro de una hora.

Se dio la vuelta y después, volvió a girarse hacia ella.

–Ah… Será mejor que te pongas guapa. Al fin y al cabo, tenemos mucho que celebrar.

Lukas frunció el ceño mientras veía cómo Calista se comía un bocado de mousse de langosta y se limpiaba los labios con la punta de la lengua. Estaban en un exclusivo restaurante francés que había escogido con la esperanza de que el ambiente íntimo los ayudase a empezar a hablar. Y a empezar a resolver sus diferencias.

Calista había estado educada, pero muy centrada en la comida. Y su lenguaje corporal era tenso, casi hostil. Él, por su parte, estaba intentando controlar la lucha interna que había comenzado en cuanto había llegado a Londres, dispuesto a conseguir su objetivo.

No iba a pedir la custodia de Effie, no podía separar a la niña de su madre. Además, las quería a las dos, juntas, lo que no sabía era cómo iba a conseguirlas.

Bajó la vista e intentó ordenar sus pensamientos. Cosa hartamente complicada con Calista delante.

No había sido buena idea sugerirle que se pusiese guapa, porque el vestido de cóctel corto y dorado se pegaba a su cuerpo y era muy revelador, aunque más elegante que sexy y un poco extravagante, como la misma Calista. Se había recogido el pelo en un moño suelto en la nuca y varios mechones rizados caían suavemente alrededor de su rostro, dándole un aspecto

renacentista, etéreo.

Estaba preciosa.

Calista era como una droga para él: peligrosa y adictiva. Le hacía actuar de maneras que no iban con él. Para empezar, en el entierro de su padre se había comportado como un bruto, y en esos momentos se sentía vulnerable. Ninguna otra mujer le había hecho sentirse así. Hambriento de algo más que deseo.

Lukas siempre había deseado a Calista, su cuerpo, pero se había dado cuenta de que también quería tener su alma. Y no era un capricho, sino algo mucho más profundo. Despertaba en él sentimientos que prefería no reconocer, emociones que cada vez le parecían más reales.

La palabra «amor» se le había pasado por la cabeza, pero no le parecía posible. La idea era ridícula. Así que se había dicho que lo que quería era que Calista lo amase a él. Eso lo podía entender.

Tomó su copa y dio un sorbo de vino tinto.

–Nuestra hija estaba muy orgullosa de ti.

–Sí –respondió Calista, esbozando una sonrisa–, pero espero que la situación no haya sido demasiado dura para ella, que no tenga pesadillas o algo así.

Se miró el reloj.

–No debería volver demasiado tarde.

–Effie estará bien –respondió él con firmeza–. Tenemos cosas de qué hablar.

Ella se sentó recta mientras el camarero se llevaba los platos. Se cruzó de brazos.

–Dime lo que me tengas que decir, pero te advierto, Lukas, que si se trata de quitarme a Effie…

–No.

Lukas vio esperanza en los ojos de Calista, la vio llevarse la mano a los labios, como aliviada.

–He decidido no pedir su custodia.

–¿De verdad? –le preguntó ella–. ¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

–He encontrado una solución mejor –respondió él, intentando hablar con naturalidad, tranquilo–. Effie y tú vendréis a vivir conmigo a Grecia.

La mirada de Calista se nubló un instante.

–No, Lukas.

–A Atenas –continuó él.

Habló como si Calista no hubiese dicho nada.

–Aunque podría tener en cuenta otros lugares, mientras no

estén demasiado lejos de Thalassa.

–No me estás escuchando. Effie y yo no vamos a marcharnos a ninguna parte. Vamos a quedarnos aquí, en Londres.

–Puedes elegir la propiedad, más de una, si quieres, todo lo grande que quieras. Encontraremos el mejor colegio para Effie.

Insistió a pesar de que tenía una especie de zumbido en los oídos y se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos para intentar controlar la frustración que estaba creciendo en su interior, las ganas de agarrarla por los hombros y llevársela a su cueva en ese instante.

–He dicho que no.

–No os faltará nada –añadió Lukas.

–Nada, salvo mi libertad.

Por un instante, se miraron fijamente, la ira y la amargura les hizo guardar silencio. Y algo más, algo que ninguno de los dos podía controlar, por mucho que lo intentasen.

–No creo que estés en situación de hablar de pérdida de libertad –replicó él por fin.

–No, y tú no permitirás jamás que lo olvide, ¿verdad? –dijo ella, arrugando la servilleta–. De eso se trata, ¿no, Lukas? Todavía quieres hacerme pagar por los pecados cometidos por mi padre, amenazándome con quitarme a Effie.

–¡Maldita sea, Calista! –le espetó él, alzando la voz y haciendo que varias cabezas se girasen hacia ellos–. Esto no tiene nada que ver con tu maldito padre. Se trata de que Effie forme parte de mi vida. «Mi vida». No solo de la tuya. ¿No te das cuenta de que intento encontrar una solución?

–¿Insistiendo en que nos mudemos a Grecia? –inquirió ella–. ¿Metiendo a Effie en una jaula de oro y tirando la llave?

–¿He dicho yo eso?

–¿No? Entonces, cuéntame cómo sería.

Lukas tomó aire e intentó tener un poco más de paciencia.

–Tendrías tu propia vida, tus propios amigos. Si quisieses trabajar de enfermera, yo no tendría ningún inconveniente.

–Todo un detalle por tu parte.

Lukas apretó la mandíbula. Calista le estaba haciendo perder la paciencia.

Se inclinó hacia delante y le agarró las manos.

–Si yo fuese tú, *agapi mou*, cambiaría de actitud.

–¿Y si no?

«Te lo haré pagar», pensó él, pero no lo dijo. Se lo haría pagar debajo de su cuerpo, y encima. Haciendo que gritase su nombre y

le rogase que le diese más. Podía hacerla suya allí mismo, encima del mantel, teniendo en cuenta el ímpetu de sus sentimientos.

Cerró los ojos un instante e intentó tranquilizarse.

–Si no, te arrepentirás.

La respuesta no era la que quería dar, ni lo que quería hacer, pero el camarero llegó con el siguiente plato y él bajó las manos y se echó hacia atrás.

Pasaron los minutos, Lukas empezó a comerse su filete. Calista jugó con el pescado que tenía en su plato.

–¿Y cómo piensas que sería? –preguntó Calista por fin, con un hilo de voz.

–¿A qué te refieres?

–Bueno… has dicho que yo podría tener mis propios amigos. ¿También hombres?

Lukas se puso tenso al instante, solo de pensarlo.

–Eso me parecía –añadió ella–. Mientras que tú sí que podrías ver a quien quisieras, ¿no? Y pasearte con una mujer tras otra, y llevarlas a tu cama.

–¿Y eso te molestaría?

–No, no me molestaría –le mintió–, pero no sería bueno para Effie.

–¿Y si te prometo que no habría mujeres?

–No hagas promesas que no puedas mantener, Lukas.

–Es la verdad. Si vivimos juntos, no habrá mujeres en mi cama.

–Ya, claro.

–Salvo tú, por supuesto.

–¿Yo? –preguntó Calista, ruborizándose.

–Sí, tú, Calista. Estoy seguro de que serás suficiente para satisfacer mis necesidades sexuales.

–Tu arrogancia no te permite pensar –le recriminó ella, furiosa–. ¿Qué te hace imaginar que voy a acceder a compartir tu cama?

–Lo pienso porque te he visto derretirte entre mis brazos, he sentido tus uñas clavadas en mi espalda, te he oído gritar mi nombre –respondió Lukas–. Puedes negarlo si quieres y hacerte la dura si eso te hace sentir mejor, pero ambos sabemos la verdad. Me deseas tanto como yo a ti. La atracción es mutua. Y, además, es algo que no podemos controlar.

–Habla por ti mismo. Yo soy completamente capaz de controlarme.

–¿Como hiciste después del entierro de tu padre? ¿O en mi apartamento de Atenas? ¿Es así como te vas a controlar?

–¿Sabes qué, Lukas? –dijo ella, poniéndose en pie–. Que me marcho.

–De eso nada.

La autoridad de su voz hizo que Calista se volviese a sentar. Él agarró su copa, dio un buen trago y se tomó un momento para tranquilizarse.

–Te marcharás cuando hayas oído lo que tengo que decirte.

–Ya he oído suficiente, gracias.

–No –respondió Lukas, bajando la vista a su copa y haciéndola girar entre los dedos–. Hace no tanto tiempo me dijiste que me habías querido.

–¿Y?

–Eso me ha llevado a una sorprendente conclusión –continuó él, levantando la vista.

Calista lo miró a los ojos con el ceño fruncido, pero con ternura al mismo tiempo.

–Te apuesto lo que quieras, Calista Gianopoulous… a que todavía me quieres.

Capítulo 13

CALISTA sintió que le ardía el rostro de la humillación. «Estúpida, estúpida, estúpida», pensó. Levantó las manos para intentar cubrirse el rostro, pero ya era demasiado tarde, Lukas la había visto.

Lo sabía.

Había pasado demasiado tiempo intentando ocultarlo, ocultárselo a él y a sí misma, a todo el mundo, y por un instante de patética esperanza había pensado que Lukas iba a decirle que era él el que la amaba.

Era evidente que se estaba volviendo loca. Estaba enferma.

Se agachó para tomar su bolso. Iba a marcharse y Lukas no podría hacer ni decir nada para detenerla. Echó la silla hacia atrás haciendo ruido y se puso en pie. Lukas la imitó. Calista notó su mirada clavada en ella, poniéndole la piel de gallina, como si la hubiese tocado para detenerla, pero no lo había hecho.

Empezó a moverse, avanzó entre las mesas y pasó por delante del maître, que estaba en la entrada, convencida de que, en algún momento, notaría los dedos de Lukas agarrándola con fuerza del brazo, pero no. Salió a la calle, bajó los escalones a toda prisa y llegó a la acera. Se detuvo allí un instante, sin saber qué hacer, con el corazón retumbándole en los oídos.

Llovía suavemente y las calles de Londres estaban mojadas. Calista giró a la derecha sin saber adónde iba, solo que quería alejarse de Lukas y estar sola para poder lamerse las heridas.

Caminó a paso ligero y se fue girando de vez en cuando para mirar por encima del hombro, a ver si Lukas la seguía. Se sintió aliviada y decepcionada a partes iguales al no verlo. Atravesó el parque de St. James, donde había gente paseando a sus perros, amantes que iban agarrados del brazo, hasta que llegó a la estación de Embankment y allí se apoyó en una pared y respiró hondo.

El río Támesis fluía lentamente ante sus ojos, las luces bailaban sobre la superficie negra, pequeños barcos se deslizaban por ella, todo ajeno a su dolor.

Lukas la observó desde donde estaba, apoyado en un árbol, a unos treinta metros. Había sido fácil seguir su cabello rojizo entre la multitud y el vestido dorado brillando bajo las luces de la ciudad.

Habría sido capaz de encontrarla incluso con los ojos cerrados, porque se sentía atraído por ella, lo hipnotizaba. Lo había embrujado…

Calista se estremeció, la fina lluvia se posó en su piel desnuda, bajó entre sus pechos. Pensó que debía tomar un taxi y volver a casa.

Entonces se le ocurrió que tal vez Lukas hubiese ido allí. ¿Para qué perseguirla por las calles de Londres cuando podía ir a instalarse en su viejo sofá y esperar a que regresase? O tal vez hubiese vuelto a su elegante habitación de hotel a celebrar la victoria.

–¿Calista?

Se giró sobresaltada y chocó contra el duro pecho de Lukas. Sus fuertes brazos la rodearon, la apretaron contra su cuerpo, y ella se sintió muy bien.

–Estás empapada –comentó él, apartándose para quitarse la chaqueta y ponérsela por encima de los hombros.

Luego la miró a los ojos.

–¿Por qué me estás siguiendo? –inquirió ella en tono débil.

Quería enfrentarse a él, pero estaba cansada de pelear. Estaba muy cansada.

Lukas dejó escapar una carcajada.

–¿No pensarías que te iba a dejar marchar?

Pasó una mano por sus rizos mojados y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Jamás te dejaré marchar –añadió con voz muy tranquila.

Calista lo miró a los ojos.

–¿Y lo que yo opine no importa? –preguntó.

–No importa nada, en absoluto –respondió Lukas, inclinando la cabeza para rozar sus labios en un suave beso–. A partir de ahora, harás lo que yo diga.

–Eso piensas, ¿no?

–Sí, pero quiero que me respondas a la pregunta que te ha hecho salir corriendo del restaurante –le dijo él muy serio–. ¿Me quieres, Calista?

Ella esperó unos segundos y entonces se rindió.

–Sí.

–Entonces, dilo –insistió él, decidido a torturarla.

–Te quiero, Lukas.

No merecía la pena seguir negándolo.

–Preferiría no hacerlo, pero no puedo evitarlo.

–Umm… me gusta la primera parte de la confesión. La segunda, menos.

–No te burles de mí, por favor. No es gracioso.

–No me estoy riendo. Tenía miedo de que no me quisieras. Podía obligarte a compartir la custodia de Effie, a que vinieses a vivir conmigo a Grecia, o a donde fuese, pero todo eso no me importaba en realidad. A lo único que no podía obligarte era a que me amases.

–No te hacía falta obligarme.

–Ahora lo sé. Y me alegro de que ya no haya nada que se interponga en nuestro camino. Podemos ser pareja… una pareja de verdad. De hecho, me gustaría que fuésemos marido y mujer.

Ella dio un grito ahogado.

–¿Me estás pidiendo que me case contigo?

–¿Tanto te sorprende?

–Sí. No es posible.

–¿Por qué? Has admitido que me quieres. Ambos queremos a Effie…

–Para que una relación, un matrimonio, funcione, ambas partes deben amarse –lo interrumpió ella en voz baja–. Una sola no es suficiente.

Lukas la miró de arriba abajo. Calista tenía la cabeza agachada, el cuerpo perdido dentro de su chaqueta, el pelo mojado. La abrazó y le hizo levantar la cabeza, y vio que tenía lágrimas en los ojos.

Y los grilletes de su orgullo se vinieron abajo.

De repente, como por un milagro, fue capaz de decir lo que pensaba, de aceptar lo que siempre había sabido. Estaba enamorado de Calista. Nunca lo había dicho, ni siquiera a sí mismo, pero era la verdad.

Oyó las palabras en su cabeza. «Te quiero, Calista». Le resultaron sorprendentemente naturales, tuvo la sensación de que siempre habían estado allí, esperando a ser dichas, pero también tuvo una extraña sensación de pérdida. Porque entregar su corazón a Calista implicaba perder una parte de sí mismo. La parte amarga y resentida, la parte hostil y vengativa. Había estado con

él tanto tiempo que Lukas había pensado que formaba parte del hombre que era.

Pero en esos momentos veía las cosas de otra manera. Sin ni siquiera intentarlo, sin saberlo, Calista lo había liberado de aquel horrible monstruo, dejándolo libre. Libre para amarla.

Lukas le tomó el rostro entre las manos y vio el dolor en su mirada. Quiso borrarlo de allí con un beso, pero supo que eso vendría después. En esos momentos, tenía que utilizar las palabras.

–Si el amor es lo que te preocupa, debes saber que no hay ningún impedimento para que nos casemos.

Calista lo miró como si no lo entendiese. Lo que no era de extrañar, porque hablando así Lukas parecía un abogado, un imbécil… o ambas cosas a la vez.

–Lo que te estoy intentando decir es que… –empezó, frotándose la mandíbula–. Lo que te quiero decir es…

–¿Sí?

Tomó aire.

–Calista, eres la mujer más obstinada, exasperante y maravillosa que he tenido la suerte de conocer. Y te quiero con todo mi corazón.

Se hizo el silencio.

–No, no es posible.

–Sí, sí que lo es.

–Solo lo dices para engañarme. O porque piensas que es lo que quiero oír. O porque estás mal de la cabeza.

–Bueno, eso último sí que es cierto –admitió él, sonriendo de oreja a oreja.

Ella hizo una mueca, pero Lukas pensó que aquello no era suficiente, que necesitaba más. Así que esperó con las cejas arqueadas, la cabeza ladeada y los ojos posados fijamente en los suyos. Y entonces la vio sonreír por fin, sonreír de verdad.

La abrazó, hundió el rostro en su pelo mojado y aspiró su delicioso olor.

–Te quiero, Calista. Lo creas o no, lo quieras o no. Y si eso me convierte en un loco… pues será que estoy loco.

–¡Oh, Lukas!

–Y quiero casarme contigo más que nada en este mundo.

Lukas apoyó una rodilla en el suelo y tomó sus manos.

–Calista Gianopoulous, ¿me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas y amor. A lo lejos el

Big Ben dio la hora. Lukas contó tres, cuatro, cinco agónicas campanadas antes de que Calista respondiese por fin.

–Sí, Lukas Kalanos, mi respuesta es sí. ¡Quiero casarme contigo!

Él sintió alivio, emoción y un amor infinito. Se puso en pie y la abrazó.

Dejaron de oír el Big Ben mientras cerraban los ojos y sus labios se unían en el beso más tierno y maravilloso que habían compartido.

–¿Te parece que estoy bien?

Calista se plantó delante de Lukas con una de sus camisas puestas encima del vestido, con un nudo en la cintura y las mangas subidas.

–No quiero volver con pinta de haber pasado la noche fuera de casa.

–Pero si eso es exactamente lo que has hecho –respondió él, abrazándola por la cintura–. Y estás muy sexy.

Al acercarse más, Calista notó su erección.

–¿Y si llamamos a Magda y le pedimos que cuide de Effie otra hora más? –añadió Lukas.

–¡No! –ella se rio, empujándolo.

Había pasado la noche en el hotel de Lukas y a ambos les había costado mucho esfuerzo levantarse, ducharse y vestirse. Tras aquella noche de pasión, tan intensa emocionalmente, parecía mentira que todavía tuviesen ganas de más, pero las tenían. Las tendrían siempre.

–No podemos abusar más de Magda –le dijo Calista, dándole un beso rápido–. Además, Effie nos estará esperando. ¡Estoy deseando contarle que vamos a casarnos!

–¿Piensas que se alegrará?

–¡Se va a volver loca! Effie te adora, Lukas, lo mismo que su madre.

–¿Qué he hecho yo para mereceros? –preguntó él, poniéndose serio de repente–. He sido un idiota, Calista, por no permitirme amarte y por confundir mis sentimientos con ira y sed de venganza, cuando en realidad siempre he estado enamorado de ti.

–Tenías derecho a estar furioso después de lo que mi padre te hizo. Y de lo que hice yo.

–Tú no, Calista. Tú no tuviste ninguna culpa. Yo pensé que había sido así porque no me podía creer que hubieses venido a

buscarme aquella noche solo porque me deseabas.

–No solo porque te deseaba, sino porque te quería ya por entonces, pero no podía decírtelo. El orgullo no me permitía contarte la verdad.

–Pues a mí me encanta tu orgullo. Y tu sonrisa, tu ceño fruncido, tu temperamento y tu enorme corazón. En especial, tu corazón –le dijo él, sonriendo de medio lado–. Aunque eso signifique tener que volver a contratar a empleados que había despedido.

Calista sonrió.

–Gracias por eso. Estoy segura de que Nico y Tavi han aprendido la lección, y tú mismo dijiste que eran buenos en su trabajo. Fue solo una tontería, y lo sabes.

–Es cierto.

Por un segundo, se miraron a los ojos en silencio. Entonces, Calista se mordió el labio inferior.

–Venga… suéltalo –la alentó Lukas–. ¿Qué es lo que te preocupa?

–Estaba pensando en mi padre… Supongo que todavía quieres sacar a la luz lo que hizo.

–No, ya no, sabiendo lo mucho que eso te afectaría. Vamos a dejar el pasado atrás. A mí ya no me importa. Lo único que me importa ahora mismo es el futuro, contigo y con Effie. El futuro más maravilloso que jamás me habría podido imaginar.

–Voy a ser yo misma la que vaya a la policía –decidió Calista–. Quiero liberarme del peso de todo lo que hizo mi padre.

Lukas le dio un beso.

–Eres extraordinariamente valiente, Calista. Lo sabes, ¿verdad?

–No soy valiente. Solo hago lo que tengo que hacer.

–En ese caso, estaré a tu lado para apoyarte. El mundo será nuestro. Nuestro… y de Effie. Es todo lo que podría desear y pedir. Salvo, tal vez…

–Sí, dime.

–Tal vez un hermanito o hermanita para Effie. O las dos cosas. O un par de cada… De hecho, podríamos empezar ahora mismo.

Ella se echó a reír.

–Te quiero, Lukas. Te quiero mucho.

–Y yo a ti, Calista, más de lo que soy capaz de expresar con palabras. Y estoy deseando pasar el resto de mi vida contigo.

–Y yo contigo, Lukas –susurró ella contra sus labios.